

DE HAMLET A DON QUIJOTE

Perdóñese ante todo mi atrevimiento al discurrir en torno a personajes de la literatura universal sobre quienes han dicho tanto y tan bien, consagrados valores.

¿Qué podré agregar a esa montaña de erudición, a esa permanente cátedra de exégesis? Sólo intentaré, pues, confrontar, como invitación a más detenido estudio de más autorizadas plumas, a Hamlet y Don Quijote: dos polos entre los que oscila nuestro humano albedrío cuando se trata de imponerse a las circunstancias de la vida.

Si intentamos llegar al final de la locura del andante caballero, veremos que es frenesí de acción desorbitada: enfrenta la realidad arrastrado por su desmedida imaginación. Hamlet, en cambio, se detiene por ver o saber mejor y, en el momento de actuar, se pierde en filosóficas lucubraciones.

La validez de la conducta exige equilibrio entre la razón y la fantasía, la voluntad y el sentimiento. Cualquier exceso o falta de una de ellas con respecto a las otras, crea un desequilibrio o patogenia.

A don Quijote, una voluntad de glorias desmedida lo precipita a la demencia. Hamlet empieza a enajenarse tomando como punto de partida la obsesión de la muerte de su padre. Se finge loco con tal verismo que su insanía, a poco de simulada, se vuelve real.

Quijote y Hamlet van enceguecidos. El primero positivamente, por la luz de su ideal. Negativamente el segundo por el odio trágico y la sospecha mortal. Sin embargo, al uno como al otro no les es negado el discurrir con brillantez en discursos memorables.

Quijote ha vivido sin vivir, encerrado con sus libros de caballería; y su ímpetu de acción, contenido muchos años, se desboca en largo galope, y resulta anacrónico para su tiempo biológico, que se fatiga de andar con armadura, y para su época, que se rie de la andante caballería. Quijote es espíritu juvenil en tiempo viejo.

Hamlet es, al contrario, el joven añoso que no se enfrenta a la vida sino a la muerte: "Ser o no ser, he ahí el problema. Morir, dormir, tal vez soñar. Sí; he aquí el obstáculo, porque es preciso que nos detenga el considerar qué sueños pueden sobrevivir en aquel sueño de la muerte".

La tragedia de Hamlet es no poder despojarse de sí mismo, anonadando una existencia que oscila entre el disgusto de la vida y el horror de la nada.

Quijote ama la existencia, y su locura no está como la de Hamlet encendida en el pensamiento, sino que aflora en la acción.

De Hamlet es dialogar exacerbado e inacabable con la muerte. Mientras que en Quijote es esperanza que no cede ni aún en la derrota, que es acicate de imposibles y parojoales hazañas.

A la luz de la psicopatología los dos personajes actúan como posesos. A Hamlet lo persigue la sombra de su padre, o sea una idea obsesiva por su contenido emocional de angustia, el pathos de la tragedia. Se adueña de

Don Quijote el espíritu de un caballero medieval; pero mientras el manchego es arrastrado a sus aventuras descomunales, Hamlet queda detenido y deja pasar el momento de la acción.

La vida nos recuerda que es preciso aprender a tomar exactas resoluciones. ¡Ay de quien se retrasa dialogando con espectros, o por un exceso de sensibilidad, o por temor a la derrota! ¡Cuántos fracasos por una actitud demasiado demorada en la reflexión, a lo Hamlet, o por una decisión sin previo análisis de la realidad, a lo Quijote!

Entre los dos extremos someramente definidos, ¿cuál es el justo medio? ¿Cómo plasmar la actitud victoriosa que sabe alcanzar su objetivo? La resolución eficaz exige equilibrio entre la inteligencia y la iniciativa, conocimiento de las posibilidades del yo y de los resortes psicológicos que mueven a nuestros semejantes.

Ni la ciega actividad, ni la inhibición patológica. Ni atropellar sin prepararse con eficacia mental para el triunfo, ni esperar tanto que se nos pase la ocasión propicia: he ahí el secreto del ajuste de la conducta con la realidad; querer, saber y poder.

Para lograr ese "milagro" se necesita el entrenamiento temprano de la mente en la acción libre y responsable. Se le debe permitir al joven madurar pronto: que sepa lo que quiere y cómo conseguirlo bien; ayudarlo a encontrarse a sí mismo; a intuir las íntimas aspiraciones de su ser, e integrarlas armónicamente en lo social. Pero todo ello con infinito tacto, ya que la superprotección, como la represión autoritaria, pueden crear retardos en responder a los estímulos del mundo exterior. No nos cansamos de repetir: ¡cuántas derrotas por una decisión apurada; sin minucioso examen de la realidad, a lo Quijote, o por una actitud demasiado detenida en la reflexión, a lo Hamlet!

Mas, si entre la manera de ser de los dos protagonistas tuviéramos que elegir, preferiríamos para los jóvenes el ímpetu arrollador del héroe cervantino, que resucita de cada fracaso con nuevas fuerzas y renovados propósitos. Más aún: debe imponer el joven de nuestros días su derecho a equivocarse a costa del sufrimiento; derecho que tempranamente ejercido, es la forma más segura de afirmar integralmente la personalidad.

El adolescente suele oscilar entre Hamlet y Don Quijote. ¡Cuántas veces deja pasar la ocasión sin atinar a decidirse, consumiendo en la duda las mejores energías del alma; cuántas arremete sin ver a tiempo los escollos insalvables!

Permítasenos, pues, a los mentores, ser humildes esclavos para hacerles llevar la armadura del Quijote por los senderos de la razón, y para dar a sus interrogaciones, respuestas afirmativas, a la clara sombra de las dos alas de Ariel: el entusiasmo y la esperanza.

EL LABORATORIO

Emilio Marín Pérez



La Celestina —que fue celestina por antonomasia, que vino a deteriorar para siempre, por su mala fama, la fama de sus predecesores en el santo tal—, fue, además de alcahueta, una porción de cosas, como: maga, curandera y experta en cosmética y perfumería, dedicaciones que no tenían necesariamente que ser pecaminosas.

Un estudio sobre sus habilidades en el orden de la medicina, de la herboristería o de la simple fabricación de productos de belleza, sería interesante y vendría si no a procurar una imposible indulgencia para su memoria, si a tributar a la misma una justa o equitativa ración de piedad.

Que valga este apunte para estímulo de cualquier erudito.

No sabemos si la tal Celestina arde efectivamente en los infiernos, porque sus andanzas tuvieron consistencia real, pero hay que suponer que Fernando de Rojas —o quien fuese— no se la secará entera de la cabeza. Algun suceso real sirvió a su autor o a sus autores para hilvanar la triste historia, que sabe ciertamente a picaresca de primera mano por la crudeza y autenticidad de sus personajes más representativos.

Entre todos destaca la figura de la Celestina, la mejor estudiada y la de más relieve; la más odiosa a ratos y la más graciosa en ocasiones, que también la malicia o la bellaquería son capaces —a cuenta de adobar los dichos y los hechos con ingenio diabólico— de provocar hasta cierta simpatía, por muy malsanas o infernales que sean. Recordando el Evangelio podríamos decir que el que esté libre de "complicidad" que tire la primera piedra.

La Celestina, desde la serpiente para acá no ha cesado de hacer de las suyas, pero ninguna hizo su oficio con tanto garbo como ésta. Porque ninguna hubo tan sabia, tan dulce, tan razonadora, tan habilidosa, tan bruja.

Y puede que ninguna, en lo sucesivo, sea capaz de desbancarla.

Celestina sabe convencer con sus sentencias, con sus sartas de refranes, a los jóvenes encalabrinados que sólo aguardan una uña de razón para remover galantemente sus escrúpulos de última hora.

Los refranes de la Celestina son un dechado perfecto de malicia; un código de perversión o de resabio. Pero son los mismos testimonios de la llamada sabiduría popular que nos suenan a sana moral en bocas menos sospechosas. En Sancho las mismas palabras estarían cargadas de buena fe.

"No hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no lo suba".

"El buen atrevimiento de un solo hombre, ganó a Troya".

"Con lo que sana el hígado, enferma la bolsa".

"No hay cosa más perdida que el mur (ratón), que no tiene sino un horado (agujero)".

Esta Celestina tan sabida, tan perspicaz y segura tenía sus fundamentos científicos, una apoyadura interesante cifrada en su laboratorio. A un tiempo era arregladora de pleitos y curaba otras dolencias — supongamos que eso del amor venga a ser una enfermedad —, era experta en falsificaciones toleradas y conocía las artes de hermosear.

Tuvo mucho que zascandilear, trayendo y llevando, entrando y saliendo, urdiendo y sentenciando, pero necesitó mucho tiempo para moler, amasar, cocer, disolver, mezclar y filtrar polvos, ceras y líquidos, los mil ingredientes o elementos que, atesorados en su almacén, le habían de servir para curar, aliviar o embellecer a sus clientes.

Ella conocía todos los secretos de la farmacopea casera de aquel entonces, y lo mismo se enfrentaba con un romadizo que con cualquier grave defecto físico que fuera conveniente disimular.

Es verdad que no vinimos a conocerla sino en una faceta de sus actividades, la de la tercería, pero sabemos con pelos y señales, por Parmeno, que "hacía perfumes, falsificaba estoraques, benjuí, animes, ámbar, algalia, polvillo, almizcles y mosquetas", ni más ni menos que un especialista en química moderna, de los que nos dan, con el expediente de la síntesis, gato por liebre.

DE LA CELESTINA



Hoy no sabemos ya a fuerza de sucedáneos y de mezcolanzas cómo saben o cómo huelen ciertos principios naturales de los que dicen contener algunos mejunjes; les hemos perdido el rastro.

Reivindiquemos, pues, para la Celestina, su prestigio legítimo de precursora en este género de falsificaciones "inocentes".

Ella hacía solimán o sublimado corrosivo, con fines cosméticos exclusivamente, y "afeite cocido, argentadas, bujelladas, cerillas, llanillas, unturillas, lustres, linternores, clarimentos, alcalinos y otras aguas de rostro", amén de una porción de perfumes — de que hemos de hacer mención — también para aliño externo, como es natural, y de ciertos polvos para aplicar por vía oral, como aquellos que prometió a Lucrecia en cierta circunstancia, para promocionar inicialmente su seducción: "dar-te he unos polvos para quitarte ese olor de boca".

La cosmética tenía en ella una felicísima cultivadora. No había barba indiscreta que se le resistiera, ni huella de viruela que no supiera taponar. Sabía fabricar perfumes o aceites, de los que estimulan el desarrollo de las células cutáneas, de los que indefectiblemente las alimentan o de los que sólo sirven para suavizar o hermosear la tez.

Sacaba agua para oler "de rosas, de azahar, de jazmín, de trébol, de madreselva y clavellinas, mosquetas y almizcladas, pulverizadas con vino", y preparaba aceites para el rostro "de estoraque y de jazmín, de limón, de patitas de violeta, de benjuí, de alfónsigos, de piñones, de granillo, de azofaifas, de negrillas, de altramuces, de arvejas, de carillas y de hierba pajarera".

Y, como es lógico, "hacía lejías para enrubiar: de sarmientos, de carrasca, de centeno, de marrubios, con salitre, con alumbre . . .", dejando para nuestras contemporáneas el empleo del agua oxigenada.

Para sus manipulaciones y experiencias tenía una cámara "llena de alambiques, redomillas, de barrilejos de barro, de vidrio, de alambre, de estaño . . ."; y sabemos que en una porción de escondrijos ocultaba ciertos materiales que podían hacerla sospechosa de hechicería y ponerla en incómodo trance ante el tribunal de la Inquisición.

¡Y que digan luego que los agentes del Santo Tribunal no sabían hacer la vista gorda!

Un día le dice a su pupila Elicia: "Sube presto al sobrado alto de la solana y baja acá el bote del aceite serpentino" o "abre el arca de los lizos y hacia la mano derecha hallarás un papel escrito con sangre de murciélagos, debajo de aquel ala de dragón al que sacamos ayer las uñas". "No derrames el agua de Mayo que me trajeron ayer a confeccionar . . ."

Por estas señas vamos camino también de lo prohibido. La Celestina decía haber aprendido de la madre de Parmeno toda su ciencia y habilidad. No sabemos si lo decía por modestia o por halagar a aquel su "ahijado", a quien sin duda le había limpiado muchas veces los mozos.

Gran alcahueta debió ser esta otra "señora" aludida, aunque no dejara su nombre en la historia, para edificación de las de su oficio. Tan bonitamente recordaba la Celestina sus grandes méritos, ante su hijo, que a éste, sin escrúpulos ya, debió caérsele la baba alguna vez, oyéndola.

La madre de Parmeno visitaba los cementerios para recoger muestras útiles para sus hechicerías, y era lo de menos para ella aquello de enmendar la plana a unos enamorados para hacerlos pasar por tórtolos ejemplares.

Celestina, sin embargo, superó a su maestra; esto no tiene duda.

Su "llorada" maestra tuvo suerte, pues sabemos que murió de vieja y no ahorcada, como podría esperarse. Lo de "llorada" lo entrecerrillamos para recordar los lágrímeos conmemorativos que mereció, de que queda constancia en el drama.

La eximia alcahueta, la nuestra, que fue sacada por León Felipe de los infiernos, literariamente, creyendo que



tragícomedia de Calisto y mehbeck

En la ql se contiene de mas de su agradable y dulce estilo muchas sentencias filosofales y auisos muy necessarios para mácebos. mostrando les los legaños q estan encerrados en seruiétes y alcabuetas y nueua mente añadido el tractado de Centurio.

ya habría sufrido lo suyo, perdió la razón en el mundo de la gracia—la celestial— al verlo tan aburrido y tan soso. Lo cuenta el poeta en un prólogo maravilloso y jovial que dedica a Pablo Fernández Márquez en su libro “Los Personajes de La Celestina”.

Pero volvamos a lo de la botica, que es lo nuestro.

En el techo de la casa de la Celestina había manojo colgados, de muchas hierbas salutíferas; manzanilla y romero, malvavisco, culantrillo, coronilla, flor de saúco y de mostaza, espliego y laurel blanco, tartarosa y bramónilla, flor salvaje e higueruela, pico de oro y hoja tinta.

Los untos y mantecas de que también tenía colección dan a la “vieja” —tenía en los días de autos “seis docenas de años”— un sello que se sale de lo científico —del convencionalismo científico que estamos admitiendo— para entrar de lleno en los terrenos de la hechicería.

Tenía Celestina, untos de vaca, de oso, de caballos y de camellos, de culebra y de conejo, de ballena, de garza y de alcaraván, de gamo y de gato montés, de tejón, de arda, de erizo y de nutria.

Con este extenso repertorio de materias grasas podría hacer muchas y diversas cosas, como es natural; preparar un sabroso caldo comestible, hacer un eficaz sebo suavizante para los cueros o propiciar una triaca capaz de hacer reventar al paciente de mejores tragederas y de más fuerte orgnismo, o de curarlo de sotepón.

No sabemos si la Celestina tenía pacto sellado con el demonio, esta es cosa sobre la que es difícil pronunciar. Puede que no lo tuviera. Nos recuerda, con razón, León Felipe en el antedicho escrito que: “un solo hombre sabe más que todos los demonios del infierno juntos”. Y en este caso el hombre aludido era una mujer; de la Celestina se hablaba. Y es de suponer que esto quiera decir que el saber más capacite al hombre para ser más malo, y por su cuenta y riesgo, sin colaboraciones.

La vieja, con manos de plata, habilidad dialéctica envidiable, don de gentes, fina y sutil como un dardo bien afilado, podía utilizar toda una serie de embelecos y de fórmulas válidas como para que pudieran pensar los pacientes que gozaba del don de la infalibilidad, como si realmente existiera una garantía luciférica.

Nosotros creemos que Celestina, con más escamas que un besugo, no creía ni en el demonio. Aunque proclamara ante Areusa que, para ciertos malestares femeninos, todo olor fuerte es bueno, como predisponiéndola y dándole a entender que no debía asustarse ni del tufo del azufre quemado.

Decía que eran recomendables los de “poleo, ruda, ajenjos, humo de plumas de perdiz, de romero y de mosqueta, y de incienso”.

El caso cierto es que si ella en cierta comprometida ocasión conjura a Plutón, “triste señor de la profundidad infernal”, para que le eche una mano, no habla sino de Dios a troche y moche, como si de una piadosísima criatura se tratara. O como si ella fuera también temerosa de Dios, aunque lo disimulara tan estupendamente.

No cabe duda de que se acorcha la conciencia hasta el extremo de que puedan desdibujarse los límites entre lo bueno y lo malo. Ella, ciertamente, no se creía mala

aunque se considerara pecadora, como cualquiera de nosotros.

La mayor parte de los remedios vegetales que usó la Celestina eran desde luego los mismos que un físico titulado de la época hubiera prescrito a un enfermo.

Ninguna de aquellas plantas, y es decir de sus cocimientos y de sus aplicaciones, ofrecía mayor peligro. El culantrillo de pozo era infalible para facilitar la expectoración, para aliviar los efectos del reuma, y calmar los ardores de pecho o la acritud de garganta. El anime, un vegetal que ahora no nos sería muy fácil reconocer, se usaba en fumigaciones contra las afecciones catarrales; el marrubio servía para poner en orden el corazón y el hígado cuando no funcionaban bien, o para algunas cosas más, pues también era tónico y adelgazante y resultaba ser ideal para el lavado de las úlceras. El malvavisco, que ha perdido recientemente un predicamento conservado con tesón, no tenía desperdicio, prestando utilidad con hojas, flores y frutos. Limpiaba los intestinos como ningún otro emoliente, en lavativas tibias, y sus raíces, dadas a chupar a los niños, facilitaban la dentición.

Y no hablemos de la flor del saúco, que todavía tiene su historiado bote de cerámica en las estanterías de las farmacias, aunque dentro de dicho recipiente no quede ni una muestra. Otro tanto podemos decir del estorache o del benjuí.

El gamón era muy prestigioso. Entre otros méritos se le achacaba el de poder con el veneno de las víboras. Ahora yace en el ostracismo.

El alfónsigo o pistacho era simplemente un condimento —creemos que ha dejado de serlo—. Ennoblecía con su sabor los embutidos y era capaz de hacer tolerables algunos bálsamos.

Y suponemos que la relación de líquidos, unturas, polvos, hojas, semillas y raíces no sea exhaustiva, y que la Celestina tuviera más productos en sus anaqueles, o en sus colgaderos, o en sus cajas, o en las tres cosas.

Nos extraña, por ejemplo, que no se cite en el libro una semilla que era de antiguo muy prestigiosa, por energética y radical: la del tártago, si no es esa tartarosa o tartarrosa, cuyo nombre figura en la nómina que nos ofrece la tragicomedia.

El tártago podía estar en una macetilla cualquiera, como de adorno, y no debía faltar en la casa de una saludadora.

Echa la tal planta unas pequeñas semillas, con sabor a piñones. Con un par de ellas basta y sobra para acordarse del tártago toda la vida, y hasta de la madre del administrador. Es un vomitivo espantoso y provoca una drástica ligereza de vientre. Se lleva todo por delante: puede servir de abortivo y de purgante de urgencia.

¿No lo iba a tener también en casa la Celestina? Sí, sí; lo que debió pasar es que Fernando de Rojas se lo dejó atrás al recordar los detalles de la casa de la alcahueta. A lo mejor estaba en flor en aquella ocasión y pasó como una planta de adorno a la hora de hacer los inventarios.

Las flores y las macetas no contaron. Aunque en las casas de las brujas no sean todo bolas de cristal y buhos disecados. Por el bien parecer y por el aquel de que las dueñas tengan también su corazoncito.



ALFONSINA STORNI

fundadora de la emancipación femenina hispanoamericana

Joaquim Montezuma de Carvalho

viejo misógino y reveló muy pronto su repulsa a la mujer, en el texto del artículo primero: "Sólo el hombre es susceptible de derechos y obligaciones". Mis colegas ponían cara de enojo y, resueltas, preguntaban: "¿Y las mujeres, Señor Vizconde?"

Sí, todo estaría resuelto si aquel pequeño pasaje de la Biblia se leyera al modo francés, la patria de la libertad, de la igualdad y la fraternidad...

Abandonemos Europa. Alfonsina Storni pertenece a las Américas; pero esas discriminaciones infames avasallaron también a las Américas desde que el descubridor y el colono penetraron en ellas. Crecieron como hierbas dañinas, trasplantadas a los suelos americanos. Claro está que no me olvido de las excepciones. Desde luego, una inicial, la de Hernán Cortés, conquistador de México, apuntada por Salvador de Madariaga: "Los españoles llamaron siempre a las dos indias que tan fielmente acompañaron, una a Cortés y otra a Alvarado, Doña Marina y Doña Luisa, por ser hijas de familias poderosas que en España habrían llevado el *don*; así que Doña Marina era *doña* cuando Cortés era sólo Hernán. Esto no es un detalle, sino una flor de honda raíz. Tan "don Martín" fue el hijo que tuvo con Doña Marina como el que tuvo con su aristocrática segunda mujer". Sin embargo, hasta las excepciones se perdieron en la noche de los siglos.

Alfonsina Storni nació todavía dentro de esa noche discriminatoria. Así, siente su caso particular más como cosa colectiva que como personal. Lo siente como producto de milenarios. Los milenarios de las mujeres oprimidas, silenciadas, maniatadas, como si el mundo y el pasado no fueran más que una enorme *Casa de Bernarda Alba*. Su soneto "Pudiera ser" marca esta historia colectiva. Viene del fondo de los siglos; pero es ya historia argentina, historia de su madre, sus abuelas, sus bisabuelas... Historia sufrida en la sangre de sus antepasados.

Dicen que en los solares de mi gente, medido
todo estaba lo que se debía hacer.

Dicen que silenciosas las mujeres han sido
de mi casa materna... ¡Ah! Bien pudiera ser...

Pudiera ser que todo lo que en verso he sentido
no fuera más que aquello que nunca pudo ser,

Estaba en Madrid cuando el ingenioso ensayista cubano Jorge Mañach entrevistó a la Condesa de Campo Alange, autora española de un libro famoso —*La secreta guerra de los sexos* (Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1948)— y una mujer que ha dedicado todos sus minutos a la emancipación efectiva de todas sus compatriotas. Mañach acababa de preguntarle a la Condesa de Campo Alange si en su libro, aunque mostró el problema a escala universal, no pesaron principalmente las motivaciones de su propia tierra y país.

Visité a Mañach. Su artículo sobre la Condesa de Campo Alange estaba sobre la mesa y en el brillaba la respuesta de esa espléndida luchadora. Una respuesta capaz de provocar escalofríos. Hela aquí, en toda su verdad dolorosa: "Por supuesto... Todas las mujeres aquí (en España) tenemos sobradas vivencias para dar fe de que ese antagonismo de los sexos existe... La misoginia (digámoslo con esta fina palabra), a la cual sólo escapan hombres excepcionales, se extiende desde el profesor de teología que interpreta los sagrados textos, hasta el campesino que, por el hecho de ser hombre, se siente superior a cualquier mujer, por inteligente que ésta sea..." En palabras portuguesas, cualquier rústico, sólo por ser hombre, se considera siempre como superior a cualquier mujer, aunque lleve las insignias de "la borla y el capelo"... Y dirá, con fundamentos teológicos: "¡Pues, claro, si Dios creó primeramente al hombre y sólo después a la mujer, e incluso a costa de una costilla de Adán!" Pero la Condesa de Campo Alange extendió la mano a un estante, tomó una Biblia, en edición francesa, muy autorizada, para mostrársela a Jorge Mañach. Y el cubano leyó en esa Biblia que Dios, al crear al hombre, "los hizo macho y hembra". Y nada más... Mis colegas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Coimbra me decían que el abuelo del Código Civil portugués, el Vizconde de Seabra, no pasó de ser un

no fuera más que algo vedado y reprimido de familia en familia, de mujer en mujer.

A veces en mi madre, apuntaron antojos de liberarse, pero se le subió a los ojos una amargura y en la sombra lloró.

Y esto, mordiente, vencido, mutilado, todo esto que se hallaba en su alma encerrado pienso que sin quererlo, lo he libertado yo.

Alfonsina siente en su piel el dolor de esa opresión de toda una casta pretérita. Su voz desciende a las carnes desaparecidas de millones y millones de mujeres y es como si, por todas ellas, rompiera un silencio tan bien sepultado. No hay arrogancia en su proclamación. Apenas la conciencia de que es la última de las mujeres en la escala de los silencios y, también, la primera que perturba la paz de los vencedores y los mutiladores, los hombres de espada austera y egoísta.

Cuando me encontré con Jorge Luis Borges, en Brasil, le bebí todas las palabras y todos los pensamientos. Hablábamos de las infamias (Borges es autor de un libro titulado *Historia Universal de la Infamia*). Hablábamos del dolor. De las infamias, de los dolores y los silencios. Borges miraba a una hacienda de café, en la selva brasileña, sin ver el esplendor de los frutos.

Sonreía como si viese el mundo a su vera. Y decía: "A los indios se les mató; pero —cuando todavía los había— se les podía hacer cualquier cosa. Nunca se quejaban".

¿No habrán sido esos millones de mujeres pretéritas, de todas las partes y las nacionalidades, como indios, pobres y tristes indios que nunca se quejaron?

Borges seguía diciendo, con la vista perdida en los cafetales: "Conozco la historia de un gaucho: era indispensable que sufriera una operación muy dolorosa. Se le sugirió la anestesia y dijo que no: no le gustaban las drogas, tenía miedo. Se le dijo: ¡Pero sentirá un dolor espantoso! Respondió: Haga lo que quiera. El dolor, yo me encargo del dolor. El dolor es mi negocio, no el suyo. Se le hizo la operación, dolorosísima, ¡y no rechistó! Su figura seguía imperturbable, ningún esfuerzo se le notaba. Quizá no sentía tanto. Era un gaucho, un ser sencillo y que no se imaginaba las cosas por adelantado. Sabía que sufriría; pero no pensaba en ello. No le interesaba". Y Borges terminó diciendo, no sin incluir también a los negros de África: "Creo que tal vez nosotros somos mucho más sensibles al dolor y al placer físicos que un ser primitivo, lo mismo que ellos son más sensibles, qué diré yo, a los colores, al valor de las palabras... a todo. Somos cada vez más complejos. Lo que nos volverá, quizás, más cobardes".

¿No habrán sido esos millones de mujeres silenciosas, por silenciadas, unas almas simples y estoicas, sin la complejidad de lo moderno, sin la cobardía o el temor al dolor? Si lo fueron, tienen el aura de la valentía (vencidas o no). Si lo fueron, no impidieron que una entre ellas rompiera la austeridad del silencio y gritara ese dolor callado por siglos y se libertara en la furia de su canto emancipador. Alfonsina Storni es el punto final de una situación. Con ella comienzan los tiempos modernos. Su poesía tiene ese estilo de las vibraciones épicas, inauguradoras de nuevas épocas y nuevos modos de sentir.

Verdaderamente, Alfonsina Storni es la fundadora de la emancipación femenina iberoamericana. La influencia en el Brasil de su alma gemela, la portuguesa Florbela Espanca, apenas dos años más joven que la argentina y como ella suicida, es muy tardía. Y Brasil no emitió una voz independiente igual a la suya.

El poeta y crítico Fermín Estrella Gutiérrez lo afirma en relación con la Argentina: "Iniciada en las letras argentinas en una época en que la mujer no actuaba aún en la vida cultural del país, fue en ese sentido una precursora, y por brecha que abrió a fuerza de talento y entereza, otros interesantes temperamentos femeninos surgieron en las letras y las artes nacionales". Pero la verdad es que su triunfadora independencia anímica no tiene paralelo y delata un estilo de alma que ni siquiera tuvieron las contemporáneas Gabriela Mistral, Delmira Agustini y Juana de Ibarburu, a pesar del gran valor de sus actuaciones y sus ejemplos valientes. Considero que Alfonsina Storni es la precursora de toda América Latina. Su grito bolivariano no sólo es el primero, sino también el más fuerte, bravo y sincero. Inició una rebelión escuchada y seguida muy pronto por una multitud literaria de poetisas y escritoras, de todos los países iberoamericanos. Y, de manera curiosa, siempre al nivel del arte, sin ruidosos comicios femeninos, sin polémicas estridentes de banderas y discursos. Con sonetos (antisonetos, como prefería llamar a los suyos) y poemas, poemas, poemas. Las bombas del corazón ya liberado. El lirismo de las horas sin constricciones. La autodeterminación de la mujer, fundada a través de una poesía rebotando en los muros, las leyes, las costumbres seniles, los fingimientos, las hipocresías, y fundando su propia muralla de China, sus nuevas y límpidas leyes de convivencia entre los sexos, la sinceridad... Y siempre, siempre, una poesía intensamente lírica. La primera voz lírica del mundo.

Hay que demostrar por qué Alfonsina Storni es la primera voz lírica del mundo. No bastará decir que sus poemas están ahí, vivos como peces en el Mar del Plata, vivos como el trigo ondulante de las Pampas, vivos como caballos libres para correr en la pampa infinita (como



dice Borges en un verso, "el único lugar de la tierra donde puede caminar Dios a sus anchas"). Hay muchos otros lirismos vivos y, todavía, no son de primera calidad. ¿Por qué?

Para la explicación necesaria, recuerdo un pensamiento de Ortega y Gasset, de 1923, expresado a propósito de una apreciación de *"Les Forces Eternelles"* de la Condesa de Noailles: "El lirismo es la cosa más delicada del mundo. Supone una innata capacidad para lanzar al universo lo íntimo de nuestra personalidad, más por lo mismo, es preciso que esta intimidad nuestra sea apta para semejante ostentación. Un ser cuyo secreto personal tenga más o menos carácter privado, producirá una lírica trivial y prosaica". Y más adelante, opinaba Ortega y Gasset, tan fino observador sicológico: "La mujer es nativamente ocultadora. El contacto con el público, con el derredor innominado, produce en la mujer normal, automáticamente, un cauto hermetismo. Ante «todos», el alma se cierra hacia adentro. En cambio, reserva su intimidad para uno solo". Y Ortega y Gasset veía, finalmente: "Ese mecanismo de sinceridad que mueve al lirismo; ese arrojar fuera lo íntimo, es en la mujer siempre forzado, y si es efectivo, si no es una ficticia confesión, sabe a cínico".

Ortega y Gasset tiene razón, menos en la parte final. Alfonsina Storni fue toda una hercúlea dimensión para libertar a su universo más reservado, para exhibir por medio del canto a todo el mundo, a todos los ojos, masculinos o femeninos, su intimidad más oculta. Deshace todos los hermetismos de su intimidad. Se abre enteramente como una flor gozando del sol y del abrirse sin reservas. Tuvo la rara virtud de no esconder nada, absolutamente nada. Pero al darse entera, en un lirismo que penetra en las galerías más alejadas de su habitación anímica no lo hace con ninguna sombra de cinismo (este sólo surgirá, e incluso así, sin carácter absoluto, en el término de su vida, pasados los cuarenta años). Ortega, tan dado a la Argentina, autor de una bellísima *Meditación de la criolla*, un himno de alabanza a la mujer argentina y, por asimilación, a la mujer iberoamericana, todavía no tenía ante él, en 1923, al escribir sobre la condesa francesa, el caso de Alfonsina Storni. Si la hubiera conocido, no hubiera pensado que "ese arrojar fuera lo íntimo, si es efectivo en la

mujer, si no es una ficción, es puro cinismo". La "criolla" Alfonsina no le dejaría creer en ese absurdo, cuando unos años más tarde (*Meditación de la criolla* es de 1939 y fue leída en la radio argentina) la definiría "como el grado máximo de la espontaneidad femenina". Fue Alfonsina quien fundó esa espontaneidad. Fue la máxima criolla. Y, sin ficción ni cinismo, dio a todos su intimidad más secreta. Precisamente en este revelarse a todos de una intimidad que en la cronología habrá sido de uno solo, es donde la gran Alfonsina no tiene par (no llegó a tanto Florbela Espanca, aunque su personalidad poética sea casi gemela de la de la argentina). La exhibición de su cuerpo y su alma en la plaza pública, que el lector de poesía frecuenta, no encuentra paralelo en el lirismo universal femenino. El cuerpo y el alma están allí desnudos, a la vista de todos, y el fuego de la sinceridad arredra toda la configuración del mero exhibicionismo. Su exhibicionismo —que lo tuvo; pero de valor ético— fue el de no esconder lo "nativamente oculto" y que estuvo oculto durante siglos, ya fuera porque la mujer no pasaba de ser un bicho doméstico, un simple instrumento de placer, apenas una fiesta en las manos del hombre ("amo del mundo", decía Alfonsina con ironía).

Si el lirismo se mide tal y como lo concibe Ortega y Gasset, Alfonsina Storni es la mayor lírica, porque fue llama pura de sinceridad para devorar todos los andamiajes de su intimidad. El calor de esta llama es incomparable. La mujer europea nunca alcanzó tanta espontaneidad.

Los padres de Alfonsina eran suizos, de origen italiano. El mexicano "Boletín de la Capilla Alfonsina" (Alfonsina, por Alfonso Reyes), No. 14, de diciembre de 1969, que dirige en la ciudad de México Alicia Reyes, publicó un estudio de Carlos Alberto Andreola, intitulado "Antecedentes genealógicos de Alfonsina Storni". En él se demuestra que la poetisa italiana descendía de la casa italiana de los Storni, y que su sangre es de ascendencia italiana y no suiza. Los manuales informan que Alfonsina Storni nació el día 22 de mayo de 1892, en Sala-Capriasca, en el Cantón Ticino de Suiza. Sin embargo, indican que se naturalizó argentina el 9 de noviembre de 1920. La verdad es que llegó a la Argentina tan niña que no tuvo tiempo de fijarse en los lagos y las montañas de Suiza.



Considero que sería demasiada gloria para la Suiza de los relojes haber sido la cuna de Alfonsina. Un Roberto F. Giusti, amparándose en el testimonio de un amigo de los padres de Alfonsina, aboga por la plausible realidad de que el nacimiento tuviera lugar en un navío italiano, en un viaje de sus padres a Italia, al salir provisionalmente de la Argentina, de modo que Alfonsina debió nacer en alta mar. Esta tesis de Giusti, el mayor crítico que ha dado hasta ahora la Argentina, cinco años más viejo que Alfonsina, su gran amigo y compañero de generación, tiene la virtud de explicar hasta la gran atracción de Alfonsina por el mar, persistente a lo largo de su poesía de todas las décadas, y tan grande que escogió el mar —el mar donde había nacido— para tumbolo de su muerte voluntaria. Alfonsina se suicidó, ahogándose en el mar, el día 25 de octubre de 1938. Un suicidio que conmovió a su patria profundamente. El Senado de la Nación se puso en pie, como homenaje. Y un monumento, asentado en una roca, en la playa de La Perla, en la ciudad balnearia de Mar del Plata, a cuatrocientos kilómetros de Buenos Aires, señala el lugar de algas y aguas bravías donde la pobre se ahogó, por inequívoca determinación. Momentos antes escribió su última poesía, intitulada "Voy a dormir...", y le escribió una última carta a su amigo, el famoso novelista Manuel Gálvez (1882-1962). El texto de esa carta a Gálvez decía: "Querido Gálvez: Estoy muy mal. Por favor... mi hijo... Tiene un puesto municipal, yo otro; ruéguele al Intendente que lo ascienda, acumulándole mi sueldo. Gracias. Adiós. No me olviden. No puedo escribir más. Alfonsina".

Los padres eran gente pobre y Alfonsina conoció una infancia y una adolescencia de privaciones. Muy pronto, se empleó en una farmacia, ganando con el sudor de su infantil rostro el duro pan de la existencia. Pasó los primeros tiempos en la provincia de San Juan, la amada provincia de Sarmiento, y luego en la de Santa Fe, donde se hizo maestra de escuela primaria.

Nací yo sin blandura. Pequeña todavía
el pequeño cerebro se puso a combinar.
Cuenta mi pobre madre que, como comprendía,
yo aprendí más temprano, la ciencia de llorar.

Una infancia de privaciones, el vestuario que no se muda, los zapatos comidos y una barriguita llena de hambre.

¡Ay! Del infante que con hambre amasa
el negro horror de sus primeros sueños...

Pero los sueños comienzan a hacer arder su pequeño cerebro. Es pequeño, pero ya siente la llama de la poesía, mejor, el llamamiento de lo espiritual. Tenía apenas doce años, magros y famélicos, cuando escribió sus primeros versos. La madre descubrió la "traición" y le dio una buena paliza. Quiere que la hija se domestique, que no siga el camino del dolor libertador, quiere que lllore en la sombra. Quiere, por ese proceso de conformación, que su hija alcance un mínimo de felicidad, a costa de amoldarse a las situaciones que prevalecen de facto. Prevee que el resto sólo podrá darle dolores a su hija. Sin embargo, Alfonsina se olvidó de la paliza y los versos se repitieron. Escogió su rumbo. ¿Qué importa su dolor, si al libertar a un mundo esclavo durante tantos millares de años, va a libertad a la mujer y cambiar a la "criolla" en ese nuevo mundo de espontaneidad, como Ortega, al visitar y vivir en la Argentina, lo definió más tarde?

Libertad en el canto. ¡Libertad!
¡Más libertad aún, toda la que haya!
¡Yo quiero así cantar!

Su lirismo lleva dentro un Bolívar en faldas. Alfonsina Storni lleva a la poesía lo que sus compatriotas, los pensadores Alejandro Korn y Francisco Romero, llevaron a la filosofía: la libertad.

Aquel juicio de Eca de Queiroz —"La mujer sólo debe tener dos prendas: cocinar bien y amar bien"— no pasará a sus ojos libertadores más que como una señal estúpida del "amor del mundo", el macho. Un signo de su egoísmo. Su libertad es como si gritase: ¡Amame independientemente de si sé hacer huevos estrellados! ¡Y entonces tú, hombre, también serás libre!

El filósofo brasileño Vicente Ferreira da Silva sintetizó bien el ideario de Sartre sobre el amor. Es válido para



Alfonsina Storni. He aquí esa síntesis: "El ideal supremo del amor es el de incorporar y asimilar la libertad del otro, dejando intacta, mientras tanto, la naturaleza de esa libertad. Queremos que el ser amado se ligue a nosotros, no por alguna coacción determinística o sicológica, no por un filtro o sortilegio diabólico, sino por una entrega libre y espontánea. El pensamiento simple de que la apropiación que realiza el amor es una posición definitiva e irrevocable, ya es suficiente para estancar al amor en su fuente. Como dice Sartre, por el contrario, quien desea ser amado, no quiere el sometimiento del ser amado, no aspira a ser el objeto de una pasión transbordante y mecánica, no quiere poseer un autómata y, si se quiere, humillarlo; basta representarle la pasión del amado como resultado de un determinismo sicológico".

Cuando Alfonsina era adolescente confió en el alto amor, el amor como libertad suya y del otro. Confío y fue traicionada. Dio su virginidad, su ternura y apenas le quedó, en sus brazos de madre soltera, un hijito ilegítimo. Es aquella mujer joven "que supo abrirse camino en la vida con un hijo pequeño en los brazos y un verbo de amor en los labios", como dice José Forgioni.

El vientre que se niegue será atado
al carro de la sed eternamente...

Es porque Alfonsina mató esa sed en ella y le dio al mundo un hijo, es infinitamente superior a Gabriela Mistral, la chilena Nobel de literatura, que no oyó el secreto vital de su vecina argentina:

¡Mujeres! Sobre el grito de lo bello
grite el impulso fuerte de la raza.
¡Cada vientre es un cofre!

El seductor la abandonó. Le dejó en el vientre un diamante. Y Alfonsina inició el largo camino de su calvario: "Mirad cómo se ríen y cómo me señalan..." Aquellos ojos de bruja, aquellas manos de diablo del vecino gro-

sero, que puede ser incluso catedrático o teólogo. Aquella caverna de prejuicios.

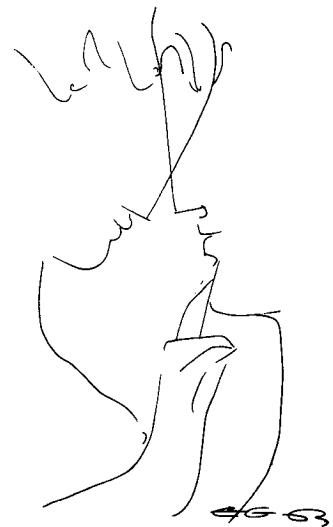
Yo soy como la loba.
Quebré con el rebaño.
Y me fui a la montaña
fatigada del llano..

¡Yo tengo un hijo fruto de un amor sin ley!
¡Mirad cómo ríen y cómo me señalan!
Yo soy como la loba, ando sola y me río
del rebaño. El sustento me lo gano y es mío
donde quiera que sea, que yo tengo una mano
que sabe trabajar y un cerebro que es sano.
¡El hijo y después yo, y después... lo que sea!

Es tremadamente falso lo que el crítico argentino Enrique Anderson Imbert, viejo amigo mío, actualmente profesor en la Universidad de Harvard de los Estados Unidos, dice: "Con el resollo de su resentimiento contra el varón, encendió su poesía". No fue por haber sido seducida y abandonada, no fue porque le faltó un hogar legalmente constituido, no fue por haber conocido a algunos hombres en su breve vida, que Alfonsina acumuló resentimientos. Ni se puede hablar de verdaderos resentimientos. ¡Los que le faltaron... fueron hombres a su altura! ¿Es esto resentimiento? Precisamente el valor de Alfonsina está en revelar que el "amo del mundo" tiene los pies de barro. Su valentía reposa en haber demostrado que el hombre no merece el altar en el que el servilismo de sus antepasadas, las silenciosas y silenciadas mujeres, lo habían colocado piadosamente.

Su ideal, el ideal de toda mujer digna de este nombre: "Es un alma la que busco en la vida. Sí, el alma es como un cielo estrellado. ¡Con un alma estrellada me quiero iluminar!" Su drama está en este soneto, que la portuguesa Florbela Espanca podría firmar:

Unos besan las sienes, otros besan las manos,
otros besan los ojos, otros besan la boca.



Pero de aquél a éste la diferencia es poca.
No son dioses— ¿qué quieres?, son apenas humanos.

Pero encontrar un día el espíritu sumo,
la condición divina en el pecho de un fuerte,
el hombre en cuya llama quisieras deshacerte
como al golpe del viento las columnas del humo.

Una mano que al posarse, grave, sobre tu espalda
haga noble tu pecho, generosa tu falda
y más hondos los surcos creadores de tus sienes.

Y la mirada grande, que mientras te ilumine
te encienda al rojo blanco, y te arda, y te calcine
hasta el seco ramaje de los pálidos huesos.

El excepcional crítico Roberto F. Giusti, todavía vivo y al que tuve el privilegio de visitar, en el mes de septiembre de 1970, en el barrio de Martínez, en Buenos Aires, sintetiza a Alfonsina, con quien tuvo mucha intimidad, en estas palabras justas: "Era una mujer valiente y sencilla, de apariencia despreocupada y jovial; pero extremadamente sensible. Su poesía fue la confesión desgarrada, desnuda, musical y sugestiva, si bien artísticamente insegura, de un corazón atormentado por el amor. Cantó alternativamente la tragedia y la comedia del amor, mezclando la elegía con el epígrama".

Lo único que no es muy justo en esta apreciación crítica es el "artísticamente insegura" que Giusti, hijo de padres italianos, como Alfonsina, atribuye a la famosa poetisa argentina. Pero tiene una razón de ser, a pesar de lo muy subjetivo de su propio pensamiento. En opinión de Giusti: "Para ser una artista completa le faltó a la poetisa en la juventud la maestría técnica adquirida en la edad madura, y la rigurosa disciplina a que sometió entonces sus versos; y en la edad madura le faltó la feliz espontaneidad juvenil, el ardor del corazón apasionado, que parecía haberse extinguido".

El viejo problema del sentimiento y la forma que Giusti disocia, cuando, en realidad, son las dos caras

de la misma moneda. La inspiración emocional trae ya su forma. Si ésta es algo turbia en la "primera" Alfonsina, la razón está en un mundo efervescente que se manifiesta como un volcán. Si más tarde, pasados los cuarenta años, su poesía se transforma en simbólica, intelectual, antílirica, algo cerebral y barroca, la razón de esta "segunda" Alfonsina está en un lirismo que dejó de ser volcánico y vive más de parecerse a lo que fue que de lo que manifestaba su corazón, ya enteramente desilusionado. Sin embargo, en ambas fases hubo una sincronización total entre el sentimiento y la forma (exaltado en la primera fase; comedido, en la última). Y así, no existió ninguna inseguridad artística...

No, amigo Enrique Anderson Imbert, Alfonsina Storni, su genial compatriota, no fue ninguna resentida contra el hombre. Apenas tuvo el valor de medirlo con el metro exacto: no era ningún dios y eran falsos sus títulos de "amo del mundo". Su compatriota, querido amigo, sintió en la piel el Amor, tal como sólo puede ser en la interpretación de Sartre: la incorporación, en su libertad, de la libertad del otro. ¿Y qué le dio el mundo? Sólo hombres que exigían de ella el placer físico ("unos besan los ojos, otros besan las manos") y unos huevos bien estrellados. ¡Hombres a la manera cínica de Eca, que exigían las dos "prendas": amar bien y cocinar bien! ¿Y sabe lo que confesó Alfonsina? Hele aquí: "Soy superior al término medio de los hombres que me rodean, y físicamente, como mujer, soy su esclava, su molde, su arcilla. No puedo amarlo libremente; hay demasiado orgullo en mí para someterme. Me faltan medios físicos para someterlo. El dolor de mi drama es en mí superior al deseo de cantar..."

¡Todavía hay quien la juzga como una enferma del alma! ¡Qué barbaridad! Tener un ideal alto del hombre, que la realidad niega, buscar el "espíritu sumo" o "el pecho de un fuerte", no encontrar nada de esto en su entorno social vulgar, y cantar una rebelión nacida en la desilusión, ¿es estar enferma? ¡No será mayor enfermedad la cabeza vencida, el silencio que "llora en la sombra"?



¡Hay también quien la considera como una rebelde y una sensual, un portavoz del amor felino! Rebelde, sí, ese es su mérito implícito en el arte, que la traspone para convertirla en salud social. Sensualismo, amor felino, no. Amar el amor, amar la perfección ("es un alma la que busco en la vida"), es erotismo, sí, pero de cuño ascendente. Algo de lo que padeció también nuestra alentejana (del Alentejo), abrasada, Madre Mariana Alcoforado.

¿"Estrella lúgubre", como se autodefinió? Un amor de esta forma incendiado, sin el encuentro efectivo con el otro, no es vivir. Usando una expresión tan cara al sabio español Américo Castro, humanista tan estimado en la Argentina, no es un vivir sino un "desvivir". Alfonsina Storni "desvive" el amor, al menos, el Amor con el que siempre soñó y sólo poseyó en sueños, no en la realidad sensible del día a día, en su mansión argentina de pampas dilatadas y hombres cortos. Un "desvivir" de esta naturaleza es ya un camino directo hacia la muerte, la suprema redentora.

Yo soy la mujer triste
a quien Caronte ya mostró su remo...

Otros le notan, todavía, que en su poesía hay muy, muy poco, de americano... Son los que juzgan sólo por las apariencias, los que exigen color local (unas pampas, unos caballos, unos gauchos, unos Andes, unos indios...). Una imbecilidad de la que todavía no se ha liberado la mala crítica (¡Y tan visible en la tierra en que vivo!) El americanismo de Alfonsina Storni no está en el color local. Está en su sed de liberación de falsos ídolos. Está en su furor de libertad ("¡Más libertad, toda la que haya!"). ¿Acaso no es americano Bolívar? Nuevo Mundo, ¿por qué? ¿Sólo porque eran nuevos montes, nuevos ríos, nuevas planicies? ¡No! ¡Nuevo Mundo, apenas, porque ahí quería criarse un nuevo hombre! ¡Y eso es lo que Alfonsina, en pura conquista de su alma, fundó: un Nuevo Hombre! ¡Hay mayor americanismo, que-

ridos miopes del color local y el regionalismo figurativo? ¿Miopes de todas las latitudes, lisboetas o no?

El temperamento de Alfonsina Storni fue como el mar, abierto a toda clase de emociones y costumbres, a toda la variedad de tonos y colores. El alma difícil de la mujer, hasta entonces un secreto universal, con su poesía intimista, dejó de ser un secreto, para convertirse en paleta de todos los matices. Panteísmo, ironía, humor, lágrimas, júbilos, toda la mística del amor humano (no el amor místico). Amor y asco. Ilusión y desilusión. Crítica a los hombres vulgares de su tiempo, pero fe en la humanidad futura. Entonces, el mundo comprenderá que sólo existe el hombre (macho y hembra) y no el privilegiado Adán que dio una costilla suya... y se quedó menos privilegiado.

En septiembre de 1970, visité a Roberto F. Giusti, el gran amigo de Alfonsina. En una de las paredes de su escritorio, recuerdo haber visto una fotografía de Alfonsina y Giusti en un banquete literario (¿Algún homenaje a Alfonsina?). Quiero recordar todavía otros juicios de Giusti sobre su desdichada cófrade de generación: "Aquellos libros *El dulce daño*, 1918; *Irremediablemente*, 1918; *Languidez*, 1920— y *Ocre*, 1925, representan un ciclo en la obra de la poetisa, caracterizado por ciertos rasgos esenciales comunes. Uno es su sentido pagano de la vida, otro su ansia de liberación de las convenciones sociales que construyen la espontaneidad del ser. Una permanente insatisfacción, un agrio descontento vibra en sus versos. Busca el amor desesperadamente en los ojos de todos los hombres (la poetisa no fue agraciada por la belleza del rostro) y, al mismo tiempo, detesta la propia flaqueza, por ser el amor una entrega no plenamente correspondida, una esclavitud aceptada con sorda rebelión íntima. En su poesía, el hombre, a la vez que amado y odiado, es el cruel enemigo de la mujer. En "Ocre", ese sentimiento mezclado de atracción y desprecio, de sumisión y rebeldía adquiere un sentido más profundo y universal: de angustia individual, la miseria de la carne se vuelve problema social, planteado con acentos líricos en el terreno del



feminismo. Todas las mujeres son infelices, todas incomprendidas, abandonadas y en seguida olvidadas. La vida es dramática lucha de sexos. El mundo es vulgar, triste y egoísta".

En Buenos Aires, me instalé en el apartamento donde vivió el novelista Manuel Gálvez, argentino de fama internacional y al que la Academia Brasileña de Letras propuso como candidato al Nobel de literatura. No tuve la suerte de conocer al novelista, que falleció en 1962. Me atendía su gentilísima viuda, Doña María Elena Gaviola. Me quedé como señor exclusivo de aquel apartamento repleto de los papeles y los libros de Gálvez. Y con qué emoción, solo, allá adentro, por las noches, cigarrillo tras cigarrillo, fui leyendo las cartas que le dirigieron en vida Rubén Darío, Valle Inclán, Karl Vossler, Unamuno, Stefan Zweig, Jules Romains, Emil Ludwig, Ungaretti, Jules Supervielle, Fernando Robles, Romain Rolland, James Joyce, etc., etc., amigos de Gálvez.

¿Y la última carta de Alfonsina Storni, las últimas palabras que escribió en vida y precisamente dirigidas a su amigo Gálvez? Ese documento, verdaderamente patrimonio nacional, ya había ingresado, como oferta de Doña María Elena, a los Archivos de la Academia Argentina de Letras, de la que Gálvez fue... el fundador. Pero en aquel ambiente que fue el de Manuel Gálvez, novelista fecundo e incomparable, oía su voz reflejada en su libro de memorias "Entre la novela y la historia", publicado en el año de su muerte. Y me decía: "Conocí a Alfonsina Storni en 1916, en un almuerzo o comida que organizó «Nosotros» (la revista de Roberto F. Giusti, de larga duración, casi cuarenta años) en mi agasajo, con motivo de la aparición y el éxito de *El Mal Metafísico*. No es imposible que yo esté equivocado y que la conociera desde poco antes. Su presencia y la de la amiga que la acompañaba, significó un acontecimiento: por primera vez asistían mujeres a una comida de escritores".

En el silencio de la noche, con los automóviles cada vez más raros en la avenida central de Santa Fe, sigo escuchando la voz del amigo ausente: "Alfonsina era relativamente baja de estatura y fea de rostro. Faccio-

nes inarmónicas, boca demasiado ancha, cara mofletuda, cabellos lacos y de un rubio destenido. Había algo de blando en su ser físico. Los ojos eran de un celeste aguado, pero tenía cierta gracia su figura y aun su propio rostro. Sabía sonreír con malicia. También reía a carcajadas, largamente. El encanto de su rostro y su cabeza provenían de su expresión soñadora, de un sabio entornar de los ojos. También encantaba su voz, que era suavísima. Tenía grandes cualidades morales: sinceridad tremenda, nobleza, don de comprensión, bondad, inteligencia, talento literario, lealtad. ¿Defectos de carácter? No creo que los tuviera muy graves. Uno de sus defectos era su excesiva quisquillosidad".

Dígame, Manuel Gálvez, usted que siempre fue católico y por eso tantas veces atacado por los socialistas de "Nosotros", ¿es el que define a Alfonsina en este plano?

Y la voz llega hasta mí en la noche, procedente de otro mundo y allí presente: "Alfonsina era atea. No logré interesarla por lo religioso. Le presté *Ortodoxia*, el gran libro de Chesterton. Me lo devolvió con estas palabras: Es bueno, pero para los que ya creen... Tenía opiniones propias sobre todas las cosas. No había en ella nada de rebaño. Alfonsina Storni no pertenecía al tipo de los escritores que, fríamente, pegan con arte unas bellas palabras. Puede afirmarse que se ha arrancado del alma cada uno de sus poemas. Porque cada uno corresponde a un dolor diverso, o a un matiz del mismo dolor; o a una inquietud casi obsesiónante; a una angustia moral. No ha habido en nuestra literatura un alma tan atormentada como ella. Sufría hondamente las cosas que no hacen sufrir a otras mujeres. Por toda esta cantidad del dolor que había en su alma, era, como mujer y como escritora, ¡tan humana! Tenía un sentido trágico de la vida, del cual no creo, dada la tristeza de su final, que se hubiera atenuado con los años. ¡Para ella sí que era la vida una tragedia! Llevaba la tragedia en su corazón apasionado; en su espíritu, que buscaba el equilibrio y la paz sin encontrarlos; en su alma, que ha de haber llegado, más de una vez, a la desesperación".

Fue a este hombre, el novelista Manuel Gálvez, al que Alfonsina Storni dirigió su última carta y su desgarradora petición ("el hijo y después yo, y después... lo que sea"), aquel verso suyo del poema "La Loba", y que en puro drama, puro cuidado amoroso de despedida, culmina en la desgarradora carta: "Por favor... mi hijo... ruégueme..."). Una escritora atea dirigiéndose al máximo escritor católico argentino. Los caminos cruzados y ciertos de las vidas.

Giusti cree que la razón del suicidio de Alfonsina fue saberse "mortalmente enferma de un cáncer". Gálvez prefiere dar como razón "la enfermedad de su alma". Pregunta Gálvez: "¿Fue Alfonsina a Mar del Plata con intención de quitarse la vida allá? Me parece más probable que el mar la atrajo. Amaba el mar, y entiendo que había nacido en alta mar; pienso que ella me lo contó. Ahora aseguran que había nacido en Suiza"...

Alfonsina, tal como Florbela Espanca, llevaba consigo una tal conciencia existencial, toda ella ardía en un "dar que era mendigo" (poema "Haz de tus pies") que sólo podría tener un desenlace: la muerte. La vida le negó la realización plena de sus sueños, el "pecho de un fuerte", "el espíritu sumo". La vida, necesaria y fatalmente, tenía que convertirse en muerte voluntaria. Como simbólicamente dijo: "no he visto peces voladores en el Mar del Plata".

En el fondo del mar
hay una casa
de cristal, a una avenida
de madréporas
da.

Un día buscó esa casa de cristal en el fondo del mar. El agua le cubrió el cuerpo. Al día siguiente, rendía a la playa y las rocas su cadáver.

Y sobre mi cabeza
arden, en el crepúsculo,
las erizadas puntas del mar.

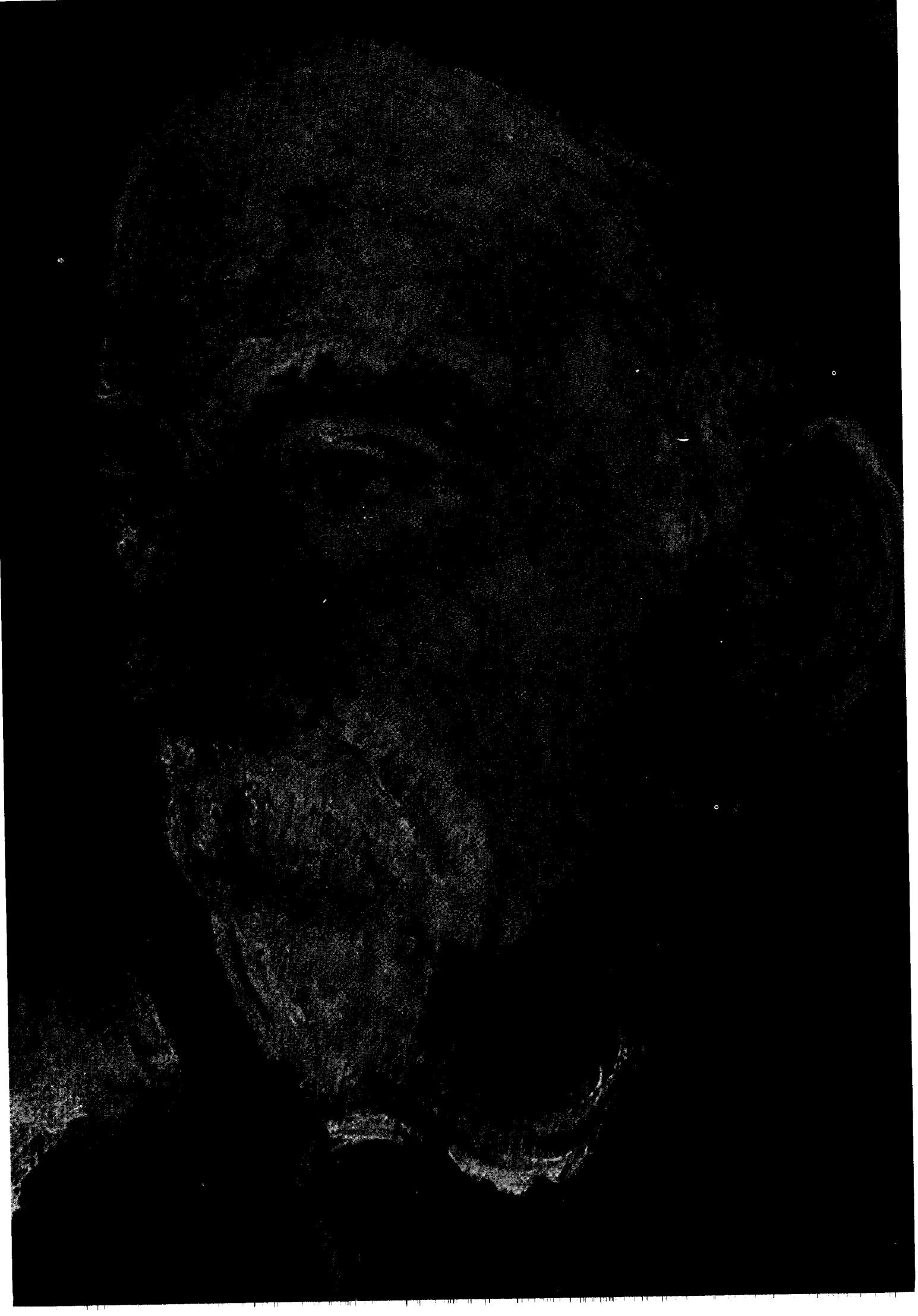
Al día siguiente, su cuerpo, único pez volador que cruzó los mares argentinos, era más una estrella de mar. Y toda una poderosa nación se irguió para en seguida arrodillarse ante su memoria. Alfonsina Storni había señalado un camino de belleza y emancipación de la mujer, válido para todas las mujeres iberoamericanas. Había enterrado para siempre aquella "linda prenda" del juicio de Eca de Queiroz, estupendo para brillar en los tiempos del Calif Boabdil "El Chico"; pero totalmente reaccionario y estúpido para el siglo XX. Había instaurado una nueva paz. Fuera estrella de mar o estrella del cielo. Y, como estrellas, su arte y su humanismo persisten y siguen dando su luz.



A Fredo Arias de la Canal con el deseo de un
venturoso deambular a "Norte" durante el año 1973.

PIO BAROJA Y LOS VASCOS

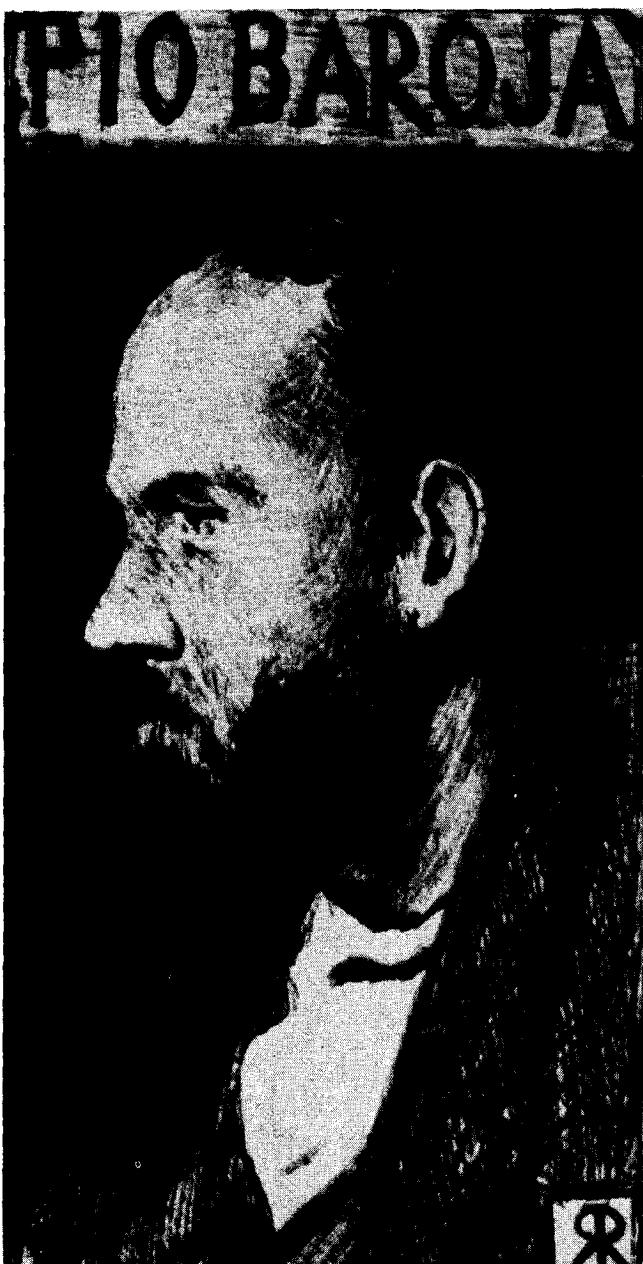
Miguel de Aguilar Merlo



Hoy, 28 de Diciembre de 1972, se cumple el Primer Centenario del nacimiento de Pío Baroja, un médico que dejó su profesión por la de escritor. Mucho se ha escrito sobre él desde su primera obra literaria, y mucho se seguirá escribiendo todavía, por ser una de las personalidades más polémicas e incomprendidas de todo nuestro siglo. Quizá como de su protagonista novelesco y lejano parente Eugenio de Aviraneta, podamos decir con Pío Baroja que "no deja de ser curioso que en un país como España, en donde se ha ensalzado a tanto personaje hueso, sin valor, sin energías y sin inteligencia, se persiga con la antipatía hasta después de su muerte a un hombre como Aviraneta, de gran valor, de gran inteligencia y de gran probidad". ¿Decía esto Pío Baroja, en su novela *Aviraneta*, como una defensa de su parente Aviraneta-personaje, o como una contrafigura literaria de sí mismo, de un hombre retraído en su obra, fracasado en su profesión de médico, dibujado en su *Aviraneta-autor*? Lo cierto es que los mejores retratos que se han ofrecido de este hombre desconcertante y desconcertador son los trazados por su pluma en sus *memorias*, uno de los documentos más desgarradores y sinceros escritos en lengua española en todo lo que va de siglo. Y no le van en zaga, a valor, autenticidad y exposición de sus propios defectos, las memorias de su sobrino Julio Caro Baroja, hablando de todos los Baroja y de su mundo alucinante, extraño a su medio ambiente, chocando con la realidad y no pudiendo —quizá enfermizamente— adaptarse a ella. Pero su soledad y su falta de don de gentes es falsa, como nos lo demostraría Víctor Maicas, en unas bellísimas páginas publicadas en NORTE sobre una de las últimas entrevistas que mantuvo Pío Baroja en su vida, precisamente con él. Yo también charlé recientemente con uno de los propios "personajes" literarios redivivos que don Pío llevó a sus novelas, el famoso doctor Manuel Val y Vera, plasmado en las obras barojianas como "doctor Valverde". En una amable reunión en casa del doctor Manuel Val y Vera, en donde no se podía sentir el paso de las horas a través del tiempo, con evocaciones nostálgicas sobre don Pío y su extensa y excéntrica familia vasca, quizás como nuevos Aviranetas nos remontábamos a las cumbres de la serranía de Cuenca, pateábamos los caminos llenos de polvo de Soria y hacíamos —una y otra vez— ese extenso recorrido desde las Vascongadas a Madrid, vía Burgos, Aranda y Valladolid, tantas veces

troteado por el guerrillero de la Independencia contra Napoleón. En su casa, con sus hijas amantes, sus nietos dando gritos, encontré un hombre lleno de vida, la voz ruda de los norteños, un vasco nacido en Madrid, como Aviraneta, impregnado del gracejo de nuestra capital, con el chiste anecdotico riéndole en los ojos desde su lejano nacimiento un 24 de Diciembre de 1882; gracias a su gran memoria, evocando recuerdos de personalidades muy amigas suyas, como Mariano de Cavia, Ramón y Cajal, Monseñor Cicognani, Valle-Inclán, Penagos, Federico Rivas... Pero, sobre todo, y en lo que vamos a insistir más, en medio siglo de amistad con Pío Baroja, como amigo suyo y médico de cabecera.

Pío Baroja, romántico naturalista como su Eugenio de Aviraneta, se encuentra enclaustrado en su soledad, en su ambivalencia extraña, gustándole, como asegura Val y Vera, sólo la distinción de la estirpe o de la ciencia. Y sin embargo en esa ambivalencia que no llega al público, le tocó en suerte intentar redimir o describir un mundo, totalmente opuesto, de tipos humanos recios, llenos de ideales que chocan con el medio ambiente y no se pueden jamás adaptar; aventureros, errantes personajes, de fracasados en cierta manera, héroes a la suya, como Val y Vera, quien siempre tiene a flor de labios el sentido de la justicia y la repulsa a las injusticias constantes sufridas en su vida, frenándole, desanimándole en lo material, pero sin quitarle espiritualmente esa sonrisa y el gracejo madrileños, como una pincelada de color que modifica su reservado ser vasco. Pero esos personajes barojianos, huidizos, son vascos nada más que de sentimiento; en su inmensa mayoría (como Aviraneta, Val y Vera, Julio Caro Baroja...) son nacidos en Madrid; no son del auténtico paisaje, al decir de Miguel de Unamuno, de la tierra-madre, de la lengua-tierra. Personalidades que sin haber nacido en el terruño vasco, sin saber su idioma, se regocijaban en sembrar el fantasma de la raza vasca pura, primigenia, estilo lo ario de Nietzsche o los nazis, o de una hipotética Atlántida sumergida. También personalidades nacidas en su tierra, como el padre de don Pío (Serafín Baroja), se empeñaban en escribir en vascuence y hacer publicaciones bilingües de obras diversas. Según Val y Vera, Serafín Baroja tenía entre ceja y ceja hacer una edición bilingüe vasco-español del Quijote. Sin embargo, el mismo Julio Caro Baroja, en su



obra "Los Baroja", afirma que en cierta ocasión se encontró el padre de don Pío con un arriero navarro del interior, hablando seguramente verdadero vascuence, y Serafín Baroja —el de las obras en bilingüe— no le entendió una "jota" y fue por todo el camino contestándole en "camelo". Otro de los **tío-abuelos**, Justo Goñi —teórico del racismo vasco— según Julio Caro Baroja, cuando la **tía-abuela** Cesárea le decía en vascuence "no hagas eso **matia** (querido)", contestaba, impertérrito "no me llamo **Matias**", no sabiendo lo que aquella palabra, tan familiar, tan conocida, significaba. Es curioso el afán de todos los Baroja y de todos los recios personajes literarios baroianos, en resucitar el fantasma del idioma vascuence, prácticamente desaparecido.

Indica Julio Caro Baroja haberse cruzado muchas cartas entre Miguel de Unamuno y el abuelo Serafín Baroja, y es una desdicha que se hayan perdido, pero yo, modestamente, pienso que nunca animaría Unamuno a la gigantesca labor de Serafín, terriblemente, baroianamente, chocando con su medio ambiente, inadaptado a él, como naufrago contra las tormentas del mar, estilo esos marineros de los Goñi y de los genoveses de su familia, aferrándose a unos troncos rotos de su navío, a las maderas de su nave hundida, de la Atlántida y de los falsos imperios soñados y cantados por Navarro Villoslada, Ver-

daguer y Falla, en una época donde el verdadero imperialismo debe ser la Cultura y la Libertad. Miguel de Unamuno, en sus juicios era tan sincero y cáustico como Pío Baroja, y no podemos dejar de notar la manera que tenía de referirse al nacionalismo vasco, lo mismo territorial, que lingüístico:

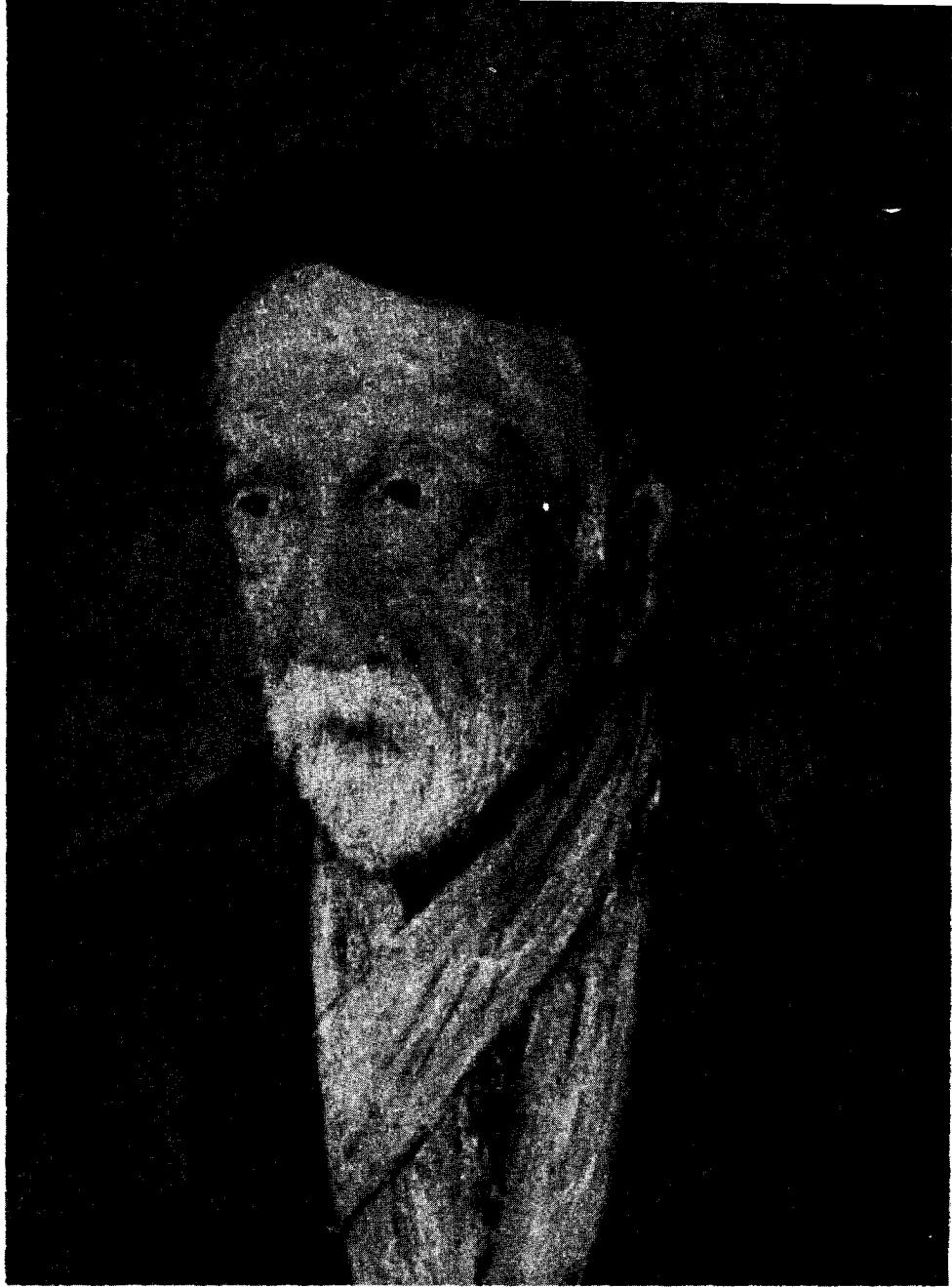
"... esos, los de la diferenciación, suelen ser señoritos de aldea, que no aldeanos, cuando no algo peor y es señoritos rabaleros de gran urbe, rabaleros aunque vivan en el centro de la populosa aldea. Ellos se creen, a su manera, arios. Conocí más de uno que en su falta de conocimiento de la lengua diferencial del país nativo, estropeaba adrede la lengua integral del país histórico, de la patria común. Su modo de querer afirmarse, más aún, de querer distinguirse, era chapurrear la lengua que les había hecho el espíritu..." No, yo quisiera hacer constar desde Valladolid, antigua capital de España, desde la **"Casa de Miguel de Cervantes"**, en que estoy, que el vasco Unamuno olvidaba todo —quizá hasta Dios— pero no perdonaba la lingüística. No creo que jamás alabara aquellas traducciones, tipo como el "Tormesco Lazarchoaren bicia" por "Don Diego Hurtado de Mendozaagatic", quizá un pobre Lazarillo trasplantado de la abrasadora meseta a la llovizna vasca, por el bueno de don Serafín. Unamu-



no tenía sus debilidades y amistades con los Baroja, pero creo que jamás con su lingüística. Lo que Fredo Arias de la Canal nos ha enseñado en múltiples ocasiones sobre la magia de la oratoria de Castelar, lo podríamos nosotros añadir sobre el hecho de escribir Unamuno un español tan limpio como el que se usa aquí, en el propio Valladolid, donde es fama la pureza del antiguo y moderno castellano.

Val y Vera, uno de los más grandes amigos de Pío Baroja, quien de sus producciones novelísticas le decía: **"Me he permitido escribir una cosa con la contrafigura de Ud. y tendrá que perdonarme"**. Y contestaba el "personaje" de carne y hueso, "Hombre, don Pío...". A pesar de su verdadera amistad, a pesar de una unión sincera y perdurable de cincuenta años juntos, Pío Baroja seguía llamando a su médico de cabecera y compañero de viajes y tertulias, "de Ud.", contestado siempre con un "Don" afectivo y respetuoso. No en una, sino en varias novelas, salió el "doctor Valverde", barojianamente, haciendo apariciones entre jóvenes de uno y otro sexos, en bailes y carnavales, o en la entrada a un teatro, constituyendo un alborozo su popularidad. Val y Vera empezó a ejercer la Medicina como "interno" en el Hospital de la Princesa, pero pronto bifurcó su carrera en dos senderos bien dispares del castizo Madrid de primeros del siglo

XX: entre las mujeres públicas, de vida alegre, y entre las monjas trinitarias, de vida recoleta. Los típicos sucedidos eran contados a don Pío y él los transformaba en su mente, dándoles verdadera presentación literaria. Viajaban juntos a pueblos para estudiar el desarrollo de los acontecimientos. Baroja siempre criticó a Pérez Galdós (el otro gigante de la novela española, después de Cervantes) el situar los hechos históricos de sus personajes en lugares que no había visitado personalmente, porque don Benito pedía a secretarios y alcaldes de los pueblos, datos históricos, turísticos y geográficos donde situar la acción. Según Val y Vera, esto era completamente opuesto a Pío Baroja, a quien le gustaba recorrer los caminos personalmente, con amigos como él, o con el otro tercer médico de la tertulia, el famoso y malogrado histólogo José Luis Arteta (como tantos otros de la Escuela de Ramón y Cajal, donde sobresalieron tantos gigantes científicos como Tello, Fernando de Castro, Achúcarro, Río-Hortega, Isaac Costero, Sanz Ibáñez, Carrato, Zamorano, etc.). Por las carreteras pasaban juntos tres médicos, tres amigos, tres maneras diferentes del quehacer terapéutico: Pío Baroja, evadido de la Medicina pero reverenciándola como ciencia vital; Manuel Val y Vera, simbiosis médico-personaje-barojiano; José Luis Arteta, el científico puro hechizado por la investigación

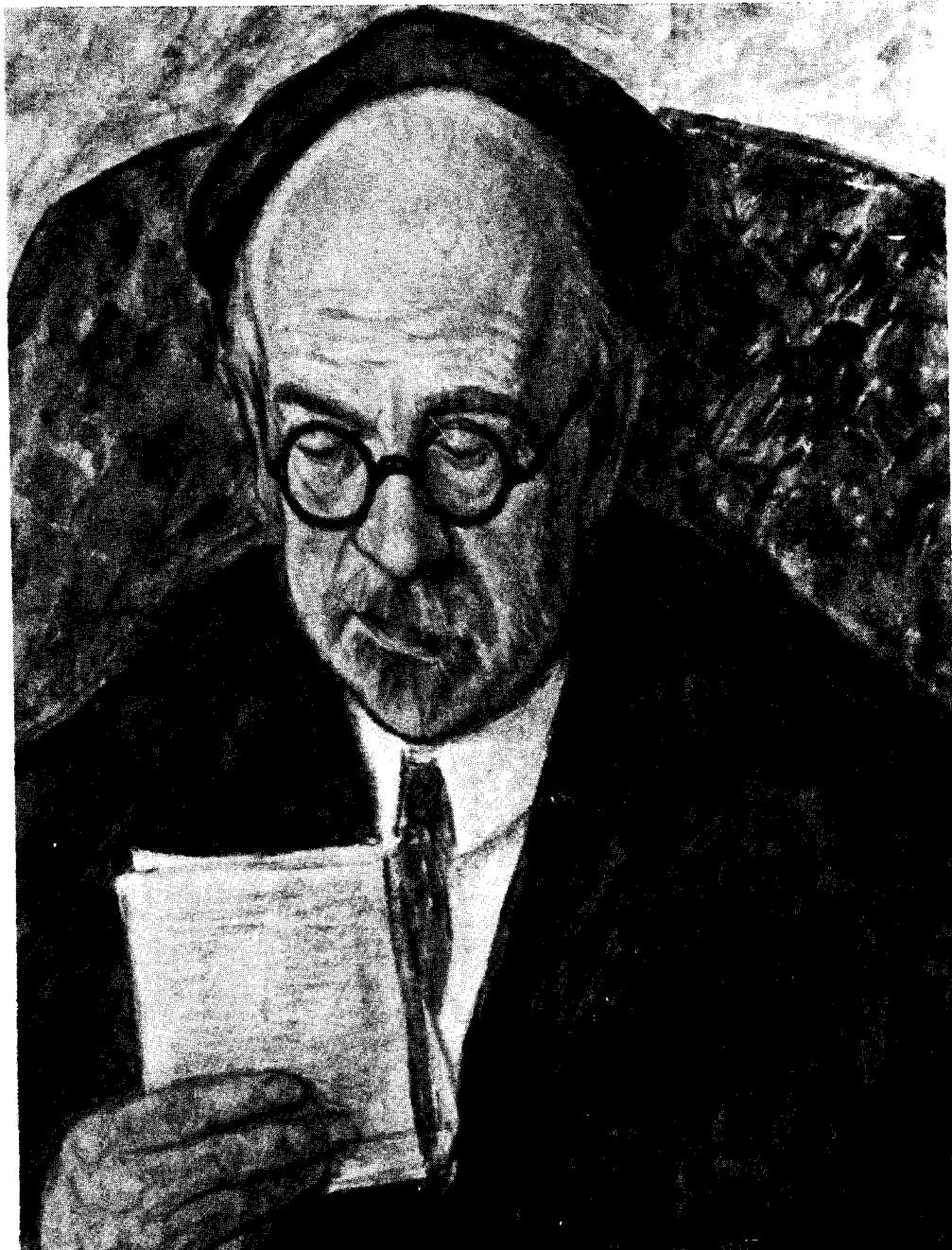


paciente y metódica despertada en España por primera vez con Santiago Ramón y Cajal. Por tierras de los guerrilleros de Aviraneta, por las serranías de Cuenca, por las lagunas de Ruidera, por la carretera de Tarancón, los tres se cruzaban con extraños tilburis guiados por médicos rurales, por veterinarios de la zona; con mujeres y hombres del campo en carretas, y don Pío gozoso porque le reconocieran, según su "personaje". Le gustaba la "popularidad", aunque nunca lo dijera; cada vez que le saludaban con su nombre, decía: **"Habrá visto usted, Val y Vera, que no hay una boina en toda Cuenca"**, y era feliz como un chiquillo, con su barba y su boina vasca, viendo que por Alcocer, o por Guadalajara, y por todos los rincones españoles era familiar su inconfundible fisonomía. Admirable sería observar las discusiones y la manera de describir los mismos paisajes por un escritor, un médico de trinitarias y un ojo microscópico de histólogo.

El antiguo país de los vascos, reducido a la obediencia por los romanos, abarcaba aproximadamente las actuales provincias españolas de Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra, más las francesas de Soule, Baja Navarra y Labourd; pero se cree que el idioma de los vascos se extendía a la parte occidental de Aragón, hasta el valle de Arán (redundancia: valle, en vascuence, es Arán) y exportaba sus vocablos al centro peninsular, como Aranjuez

(en vascuence, vallecillo) y su habla se difundiría por vía Ebro hasta Tortosa. De una forma u otra un idioma muy extendido, y al evocar su grandeza perdida el navarro-aragonés Santiago Ramón y Cajal (racialmente también un "vasco"), hablaba de **"la ingratitud incomprendible de los vascos, los niños mimados de Castilla"**.

Manuel Val y Vera, vasco-madrileño, evocador commigo en sus charlas sobre Baroja, considera a los vascos un poco tercos y si se insiste cazarros, y que se debe mantener un fondo de silencio ante ellos. Difícilmente dan su amistad, quizás se tarde veinte años en intimar, pero cuando se consigue son amigos inseparables, como le ocurrió a él con don Pío, fraternalmente unidos hasta la muerte. El vasco sería de más cuidado que el aragonés, menos abierto; la gente del Ebro es distinta de Logroño para abajo, ruta hacia las vías abiertas y esperanzadoras de los horizontes marítimos, pues no se puede cambiar el río por el mar, y ahora ya Logroño, antes vascuence, es ahora como Castilla, abierta al azul oceánico y al verde esperanzador de América. Hoy el verdadero vascongado, culto o no, habla y piensa en español, el lenguaje del espíritu y de la sangre de Miguel Unamuno, y se queda el vascuence tan sólo para gentes de muy arriba de la montaña, los "cacheros", dueños de vacas lecheras y artesanos de magníficos quesos.

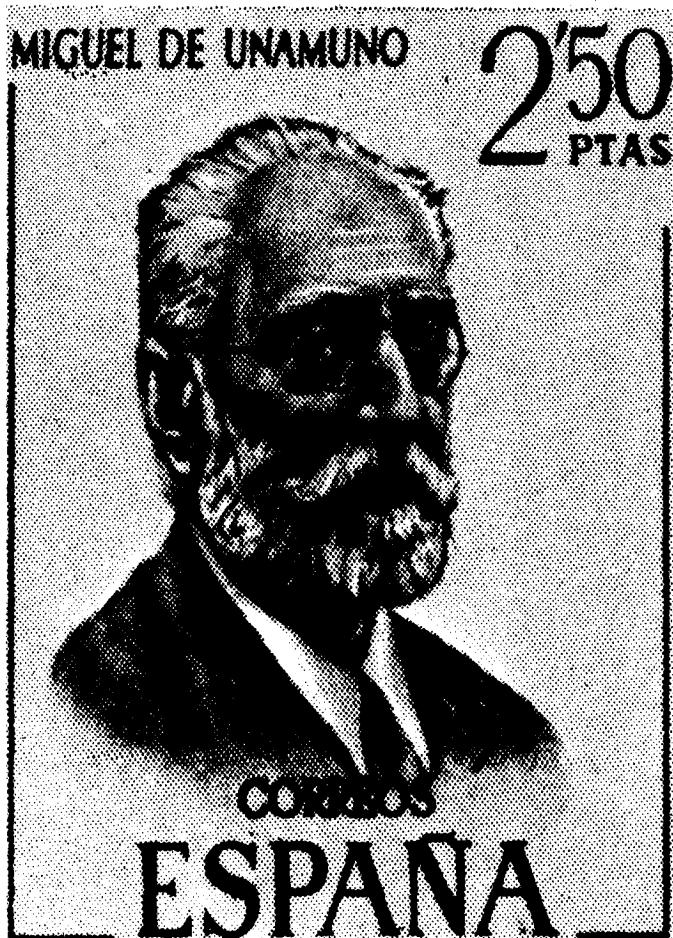


Grupo aparte se habría de considerar a la mujer de la Vasconia antigua y moderna, y los famosos y tristemente celebrados procesos de brujas como los del siglo XVII en Valladolid y sobre todo en Zugarramurdi. Intelectualmente no podemos creer en brujas y en Inquisiciones. La cosa es muy sencilla para Val y Vera y para mí, al amor del hogar, junto a sus nueras y nietos, esperando a los hijos, uno de ellos también médico, trabajando en el hospital, todo el día fuera de casa. También las paisanas vascuences, de aquella época, estaban siempre trabajando, en la tierra o en la ganadería, con su hombre ausente, en países lejanos, marineros o en minas e industrias. La mujer vasca antes bebía mucho porque estaba sola en el caserío, porque se aburría, porque el marido se iba a la pesca o emigraba. La mujer trasegaba más que el hombre, sidra, chacolí, lo que fuera, porque la mujer vasca además de la soledad tiene una sensibilidad grande, propensa un poco al histerismo, juzgándose no comprendida por su hombre o por el marido, teniendo en contra la falta de cultura, que hubiera compensado sus actitudes. La mujer vascongada no ha percibido los grandes movimientos culturales en absoluto, ni siquiera en la forma de periódicos, diarios, revistas, etc., ni en nada, y lo mismo las brujas de Zugarramurdi, que muchas todavía de las mujeres actuales —aunque menos—

son eso, 'simples "hembras" en el significado biológico de la palabra, llenas de soledad y que paliaban su tristeza con las libaciones alcohólicas y las drogas de antes y de ahora, que las transportaban a un mundo desconocido, goyesco-caprino, terrible para su mentalidad ignorante, creyéndose estar bordeando el Infierno, creyéndose nuevas sacerdotisas de un misterioso y demoníaco Dios-Pan, siendo simplemente su brujería un aquelarre de ignorancias y autocastigos, falto de la luz salvadora de la razón y de la Cultura, con alucinaciones incomprensibles para ellas.

Pobres brujas de Zugarramurdi, impregnadas de soledad, de noches en vela, ansiosas de alegría vital, no teniendo más conocimientos que el de su cuerpo, no teniendo más ideales que secar el sudor de su carne doblada sobre los trabajos de la tierra, con el seco cuerpo soñado de su hombre ausente, eternamente ausente.

Miguel de Aguilar Merlo
Secretario del Primer Congreso Nacional de la Sociedad Española de Médicos Escritores, de Valladolid (España). Del 15 al 17 de Junio de 1973. Resumen de su Ponencia que se leerá en la Casa de Miguel de Cervantes.



Tomamos en nuestras manos la *Vida de Don Quijote y Sancho*, y después de recorrer sus páginas, nos encontramos con un Don Quijote recreado y vivido intensamente por Unamuno, que aparece como la expresión y el arquetipo de su concepción trágica de la vida. El pensamiento de Unamuno, disperso y aparentemente contradictorio, cobra en la *Vida de Don Quijote y Sancho*, una figura unitaria. No hay que buscar en este ensayo un estudio de crítica literaria. Lo que nos ofrece Unamuno es una interpretación personalísima del significado humano de Don Quijote, y a través de ella, su propia actitud vital y su concepción del mundo.

Muchísimas interpretaciones se han dado del Quijote. Cada una de ellas ofrece una nueva perspectiva y un matiz diferente. Como dice Pedro Salinas, el profundo valor de Don Quijote estriba en su capacidad de actuar vitalmente sobre nosotros, moviéndonos a sentir y a pensar, invitándonos a meditar sobre el hombre y el mundo (1). ¿Qué le dice Don Quijote a Unamuno? ¿Por qué razón puede convertirlo en el ideal encarnado de su filosofía? ¿Qué imagen de la existencia humana sugieren Don Quijote y Sancho, y cómo se puede asimilar a la concepción de Unamuno?

Mundo verdadero y mundo aparente

Es una idea ya muy reiterada en el análisis de Don Quijote, la contraposición entre el mundo subjetivo del héroe, y el mundo objetivo que le rodea y se le opone. "La aventura se reduce a la tentativa de Don Quijote de

DON QUIJOTE, UNAMUNO, ESPAÑA

Clemencia Forero de Saretzki



imponer a las cosas la forma exacta de sus ideas. El ventero ha de ser un cumplido señor de castillo; las daifas han de pasar por lo que no son, dos pudibundas doncellas adornadas de toda gracia y cortesía, y hasta los adobes humildísimos de la pobre venta manchega tienen que someterse a una prodigiosa transmutación química, volverse sillares de piedra, nobles hilados de murallón de castillo . . .", dice Pedro Salinas (2).

Para Unamuno, el activismo de Don Quijote consiste en imponer su voluntad a la realidad objetiva, para plasmar un nuevo mundo, producto de su querer y no de su razón. "No es la inteligencia, sino la voluntad la que nos hace el mundo" (3). Esta frase nos lleva a oponer el **mundo del ser al mundo del querer**, o en otros términos el mundo de la razón con el mundo de la voluntad. Sancho y Don Quijote constituyen, para Unamuno, las encarnaciones de esta oposición antitética. Sancho vive en el mundo de las cosas, en el mundo de lo que es captable por la razón. En las propias palabras de Unamuno, Sancho vive una vida aparente. Don Quijote, por el contrario, va creando, mediante su fe, o su voluntad, que es lo mismo, una "vida fundamental y honda". Nace así una pareja de contrarios, que se despliegan en un incansante juego dialéctico que constituye la existencia humana. Se trata de la lucha entre **lo que el mundo es, según la razón de la ciencia nos lo muestra, y lo que queremos que sea . . .** (4). Sancho y Don Quijote se convierten, en una dualidad cuyo combate es el núcleo de cada existencia.

**"Cada uno con su pregunta,
la cabeza, el corazón,
enemigos forman yunta,
yunta de contradicción . . ."**

El héroe, el "Querer Ser"

"Sólo el héroe puede decir "yo sé quién soy!", porque para él, ser es querer ser" (5). ¿Quién es el hombre? Unamuno lo define primero tal como la razón lo analiza: "el ser que eres no es más que un ser caduco y perecedero" (6). La tragedia del hombre estriba precisamente en la conciencia de esa finitud. "Sólo es hombre hecho y derecho el hombre cuando quiere ser más que hombre" (7). O sea que no se contenta con su limitación, sino que lo auténticamente humano es la insatisfacción y el ansia de plenitud. Se establece así a la base de la existencia humana un juego dialéctico entre lo **finito** y lo **infinito**, entre la precariedad de la existencia humana finita y su tendencia a lo infinito, entre la razón que niega estas pretensiones y la voluntad que la contradice y afirma su querer.

En la concepción de Unamuno, el héroe se mide por su ideal, por su "querer ser". Don Quijote se enfrenta a lo que el mundo es objetivamente. Va conformando un nuevo mundo, producto de la voluntad, movido por un resorte vital: el deseo de la inmortalidad y de la fama, que para Unamuno es una de las maneras mediante las cuales el hombre puede rebasar sus límites y tender a lo infinito.

El sentido de la existencia, lo inauténtico y lo propiamente humano

Según Landsberg, Unamuno intenta a través de su obra, plasmar una imagen completa de la existencia humana. Se pregunta por el ser del hombre, por su posible perduración más allá de la muerte, por el sentido de la

existencia. La nota básica del hombre, lo que lo hace distinto de los demás entes, es su poder creativo, su capacidad de ir tejiendo su existencia, dentro de un campo determinado de posibilidades. "El hombre... en un osado crear, va logrando su propio ser" (8).

Así sucede con Don Quijote. Va construyendo su vivir personal y le da libremente rumbos nuevos a su existencia. "Cada uno es artífice de su ventura, nos dice, cabalgando al azar, ávido de vida, por los caminos de la Mancha" (9). El eje de don Quijote es su voluntad, la suya, aislada y purísima. La tensión de su vida arranca de dentro de él... ", observa Américo Castro (10).

La existencia es completamente individual. Cada hombre la va urdiendo con el material de sus propios actos. Además del "yo sé quién soy", Unamuno hace exclamar a Don Quijote: ¡No hay otro yo! ... ¡Cada uno de nosotros es único e insustituible! (11). Esta autarquía del yo va unida a otra característica de la existencia, tal como la entiende Unamuno. El hombre se ha definido como "querer", y a lo que apunta su voluntad es pervivir y a ser siempre más. El deseo de inmortalidad que caracteriza a Don Quijote, y que lo lanza en busca de aventuras, es una de las expresiones del anhelo de perpetuación, visto por Unamuno como lo más típicamente humano.

En su ensayo preliminar a la *Vida de Don Quijote y Sancho*, Unamuno proclama la necesidad de rescatar el sepulcro de Don Quijote, a la manera de una nueva cruzada. Se trata de reconquistar al *Caballero de la locura*, y arrebártelo a los bachilleres, duques, barberos y canónigos, abanderados de la Razón (12). ¿Cómo ve Unamuno la locura de Don Quijote, y por qué motivo la convierte en lo más auténticamente humano? Con su apasionamiento característico, Unamuno las emprende contra aquellos que se atienden a la razón y a la lógica, y no viven a la luz de la muerte, convirtiendo su existencia en una rebeldía y en una protesta contra la aniquilación. "Todos esos miserables están muy satisfechos porque hoy existen, y con existir les basta. La existencia, la pura y ruda existen-

cia llena su alma toda. No sienten que haya nada más que existir" (13).

¿En qué se diferencia este vivir "aparente" del vivir "verdadero"? Este último surge por la conciencia de la limitación en el espacio y en el tiempo, conciencia que engendra el sufrimiento en el grado más humano: la "congoja" de que nos habla Unamuno. "Si existieran, su existencia de verdad, sufrirían de existir y no se contentarían con ello. Si real y verdaderamente existieran en el tiempo y en el espacio, sufrirían de no ser en lo eterno y lo infinito" (14).

El criterio de la verdad

Tradicionalmente, la verdad lógica se había entendido como una adecuación, una concordancia entre lo que mienta una proposición o juicio determinado, con la cosa. *Veritas est adequatio intellectus ad rem*. En la Edad Media, según el ensayo de Heidegger *De la esencia de la verdad*, la verdad proposicional es el producto del intelecto humano finito que enuncia algo sobre la cosa. Esta cosa es *ens creatum*, un producto divino. Es decir, el intelecto humano dice algo de la cosa creada por Dios. ¿Cómo se puede garantizar, entonces, la verdad proposicional? Heidegger indica, a la base de esta noción medieval de verdad está la adecuación del intelecto humano con la idea que Dios tiene de la cosa. Es decir, que en último término, la verdad proposicional tiene como fundamento a Dios (15).

Heidegger anota que con la filosofía moderna desaparece el concepto de creación divina. El ser del ente es puesto por la subjetividad, por el intelecto finito. El espacio, el tiempo y las categorías pertenecen respectivamente a la sensibilidad y al entendimiento del sujeto humano finito. Es la subjetividad la que pone la objetividad (16).

Hemos hecho este rodeo para poder preguntarnos cuál es en Unamuno el criterio de la verdad. Sus nociones



quedan claramente evidenciadas en su consideración de Don Quijote. Situémonos nuevamente en el contexto. Aparece un mundo doble, grosero, zafio, cruel de un lado: los aldeanos, el ventero, los gañanes, los arrieros, la Santa Hermandad. Del otro, castillos encantados, caballeros, nobles, damas, fantasmas y encantamientos, normas de caballería, sentido heroico de la vida. Como hemos visto, el mundo de Don Quijote, contrapuesto a la realidad objetiva, es para Unamuno producto de un vivir verdadero. ¿Qué se entiende entonces por verdad?

Partamos de la siguiente afirmación de Unamuno:

La verdad no es . . . el reflejo del universo en la mente, sino su asiento en el corazón (17). No se trata del sentido tradicional de verdad como concordancia. No se habla de concordancia de la cosa con el intelecto ("verdad de la cosa"), ni de concordancia del juicio con la cosa ("verdad proposicional"). Unamuno descarta toda verdad lógica, y postula a la **vida** como pauta de la verdad, "La vida es el criterio de la verdad, y no la concordia lógica, que lo es sólo de la razón" (18). No interesa, entonces, la verdad como adecuación en el terreno lógico. La existencia está entendida como un obrar, un actuar, un incrementarse y, dentro de un criterio pragmático, la verdad se ve como resorte de ese obrar.

Es verdadero todo lo que mueve hacia un fin vital. "Toda creencia que lleve a obras de vida es creencia de verdad, y lo es de mentira la que lleve a obras de muerte" (19). Por fin vital y por "obras de vida" se comprende, para Unamuno, todo lo que aumente o cree más vida. La esencia de la vida es el hambre de acrecentamiento.

La resistencia a la muerte, la perpetuación, el infinito

"Sólo el que ensaya lo absurdo, es capaz de conquistar lo imposible" (20). La vida del caballero andante es tensión de su voluntad para alcanzar un ideal: La implantación de las normas éticas de la caballería, la justicia, la

verdad, la religión, el honor, y ante todo, la fama y el nombre. Para Unamuno, a la base de este ideal están el afán de inmortalidad, el "hambre de ser", el deseo de perpetuación como núcleo y motor de la existencia.

En Don Quijote ve Unamuno plasmadas las diferentes maneras mediante las cuales el hombre lucha por perpetuarse. En primer lugar: el amor. "En el amor a la mujer arraiga el ansia de inmortalidad, pues es en él donde el instinto de perpetuación vence y subyuga al de conservación" (21). El amor hace que el individuo rebase sus límites y busque pervivir en otro. En segundo lugar: la supervivencia en la memoria de la gente, que es otro modo de huir de la aniquilación. De lo que se trata es de "eternizar la vida", en las propias palabras de Unamuno.

La vida es un encaminarse hacia la muerte como posibilidad segura. Si la esencia del hombre es su lucha por eternizarse, si su ideal imposible y contradictorio es tender a lo infinito y lo eterno, la vida se entiende como proyección hacia ese ideal, y como rechazo cordial de su negación: la muerte. "Mi cuerpo vive gracias a luchar momento a momento contra la muerte, y vive mi alma porque lucha también contra la muerte momento a momento" (22).

La existencia queda vista como una dialéctica cuyos términos son la "nada" y el "infinito". Si consideramos la perspectiva de la muerte, adquirimos conciencia de nuestra finitud en el tiempo y en el espacio, lo que equivale a tener conciencia de nuestra propia "nada". Mediante el amor y el espejismo de la fama, tendemos entonces a perpetuarnos, a ser infinitos y eternos, para resguardarnos de nuestra aniquilación individual. Ante la conciencia de nuestra limitación, surge el sentimiento de la angustia, y con él simultáneamente el ansia de plenitud. "¿Qué es sino el espanto de tener que llegar a ser nada, lo que nos empuja a querer serlo todo, como único remedio para no caer en eso tan pavoroso de anonadarnos?" (23).

El anhelo de infinito se torna a su vez en amenaza para cada existencia individual. Unamuno lo ve como un peligro de absorción en que cada yo pierde sus límites y su conciencia de sí. Además su valoración positiva de la vida como devenir, hace que niegue una fusión con el Todo, que implicara la negación del cambio, del espacio y del tiempo. Si la vida de nuestro mundo sensible es **actividad, conquista y lucha**, como afirma Unamuno también, en una paradoja irresoluble, la vida eterna debe ser movimiento y conquista. Este no poder optar por ninguno de los dos términos de la dialéctica, esta imposibilidad de lograr una síntesis, la resume Francois Meyer: "Lo que el existente apetece es, por consiguiente, lo imposible y lo contradictorio, lo limitado-sin límites y lo finito-infinito" (24). O, como lo enuncia el mismo Unamuno, la apodía del hombre se plantea, cuando en el temor ante la aniquilación total del yo, cada uno tiende a "serlo todo", sin abandonar sus límites, sin dejar de ser el que es.

Hemos avanzado en este camino hasta el planteamiento del "ideal" de Unamuno. El punto de partida fue la consideración del hombre de inmortalidad, como núcleo de la existencia, anhelo que según Unamuno constituye el resorte y motor del activismo de Don Quijote. El punto de llegada es la imagen de la existencia humana como una incesante dialéctica. La síntesis nunca se alcanza. Permanece siempre como la meta deseada y podemos figurárnosla a la manera de un "ideal", utópico, futuro, irrealizable. Unamuno lo describe como un movimiento progresivo de acercamiento a lo infinito. "Si todos vamos al infinito, si todos vamos infinitándonos, nuestra diferencia estribará en marchar unos más de prisa y otros más despacio, en creer éstos en mayor medida que aquellos, pero todos avanzando y creciendo siempre y acercándonos todos al término inasequible, al que ninguno ha de llegar jamás" (25).

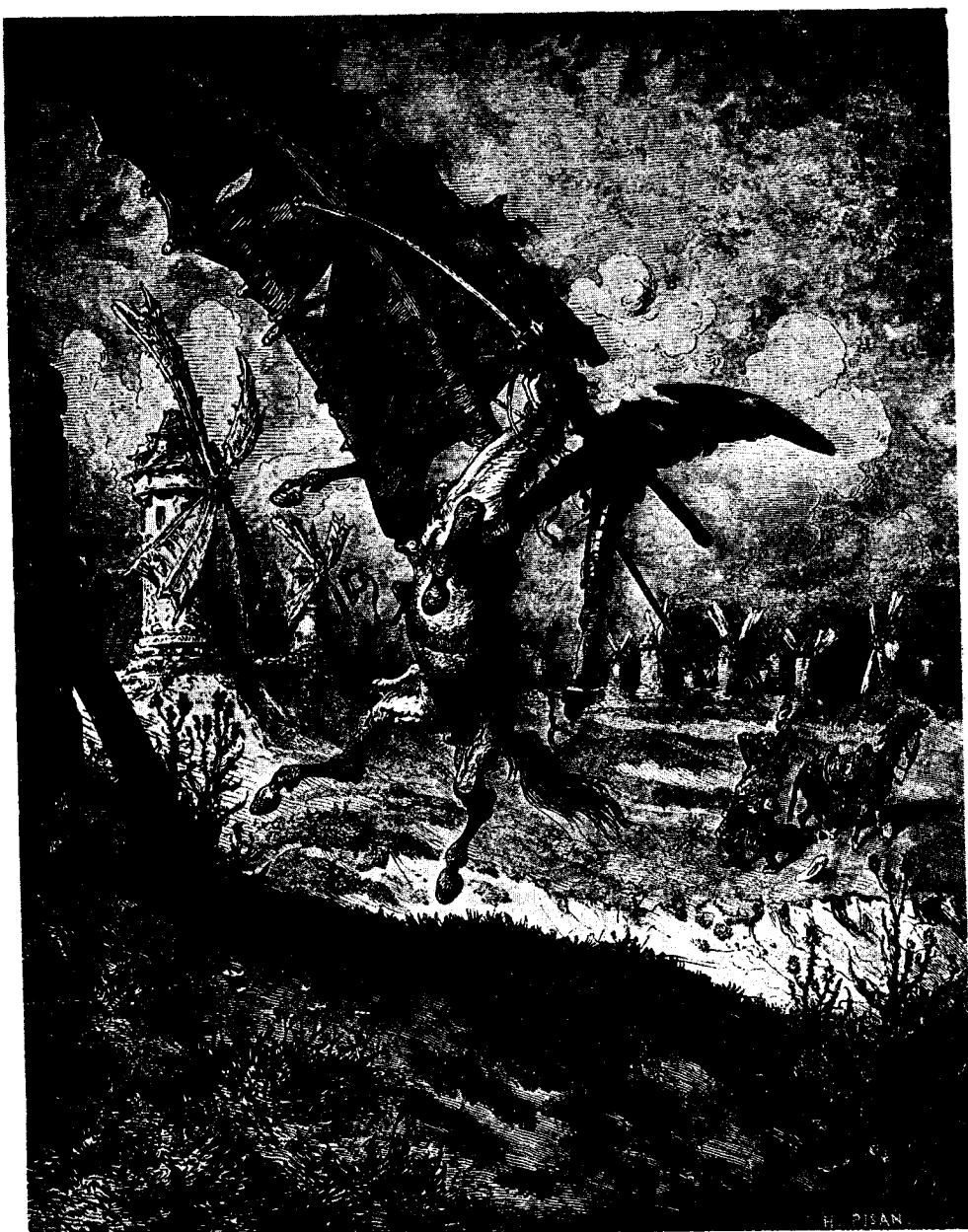
Si conseguir la plenitud del infinito implica la cesación de la vida como activismo y la disolución de los límites de la individualidad, hay que concebir, si se habla en

términos religiosos, una relación con lo divino que permita conservar la esencia de la vida como continuo acrecentamiento: "Danos tu Paraíso, Señor, . . . dánoslo para que empleemos la eternidad en conquistar palmo a palmo y eternamente los insondables abismos de Tu infinito seno" (26).

El ente de ficción, existir y obrar

Para Unamuno, solo existe verdaderamente lo que obra, y en este sentido un ente literario como Don Quijote existe realmente, con una realidad más plena y auténtica que la de hombres que existieron concretamente en el espacio y en el tiempo, pero cuyas vidas han quedado en el olvido absoluto, y no actúan, como sí lo hace Don Quijote, a modo de incitación vital. Don Quijote pervive en la memoria de la gente, y como dice Unamuno, despierta el alma de cada lector, la arranca de los quehaceres cotidianos y la eleva a un mundo fundamental, el mundo de la voluntad y del sentimiento, un mundo en el que la fe se convierte en creación, en el cual cada hombre logra su autenticidad humana, al desear fuertemente lo imposible, o sea la conquista de lo infinito y de lo eterno.

Esta labor de incitación fue la que llevó a cabo Don Quijote con Sancho, la de despertarlo de la cotidianidad, de lo puramente aparente, para elevarlo al vivir verdadero y humano. "No faltará quién reproche a Don Quijote el haber arrancado de nuevo a Sancho del sosiego de su vida y de la tranquilidad de su trabajo, haciéndole dejar mujer e hijos, por correr tras engañosas aventuras; no faltan corazones tan apocados como para sentir así. Pero nosotros consideramos que, una vez que Sancho hubo encontrado la sabrosidad de su nueva vida, no quiso volver a la otra, y a despecho de los arredos y trompicones de su fe, se le nublaba el cielo y se le caían las alas del corazón al ocurrirle el deseo de que su amo y señor fuera a dejarlo" (27).



H. PISAN

NORTE/65



Podemos ya encontrarle varios matices a la caracterización del existir como obrar. En primer lugar, refirámonos al obrar del hombre concreto. El existir se entiende como un hacerse temporal. El hombre va tejiendo su existencia en la acción, y de esta manera crea su propio ser. La urdimbre de los actos constituye el existir, y la pauta de ese obrar es la intensificación y el acrecentamiento de la vida.

En segundo lugar, consideramos el obrar del ente literario. Recordando la idea de Pedro Salinas esbozada anteriormente, el valor de Don Quijote estriba en su capacidad de actuar vitalmente sobre sus lectores, como una invitación a pensar, a meditar sobre el hombre y el mundo. En este punto, vemos cómo Unamuno hace coincidir la misión y funciones de Don Quijote con las suyas propias. "Hay que inquietar los espíritus y enfusar en ellos fuertes anhelos, aun a sabiendas de que no han de alcanzar lo anhelado" (28). Recreando a Don Quijote, para poder verlo a la luz de su filosofía, Unamuno insinúa que su misión propia y la de Don Quijote han sido la de arrebatar a los hombres de su cotidaneidad, infundiéndoles el deseo de inmortalidad y la noción de la vida como creación de la voluntad.

Voluntad y fe

A través del conjunto de la obra de Unamuno se reitera la noción de fe, no como adhesión de la inteligencia a un conjunto de dogmas o verdades reveladas, sino como un querer creer. La fe queda intimamente relacionada con la voluntad y se convierte en el poder creativo del hombre. La fe de Don Quijote va imponiéndose sobre el mundo, modelándolo y transmutándolo mediante una prodigiosa alquimia, hasta llegar a convertirlo en una pura creación del sujeto. "El mundo es tu creación, no tu representación" (29). Se trata de un mundo que va brotando de la voluntad del sujeto. No interesa lo que está fuera de él, no importa, como dice Unamuno, "el reflejo

del universo en la mente", puesto que la fe, o sea la voluntad, puede extremar su poder hasta llegar a crear su objeto.

En cuanto a lo que está fuera del sujeto, no se puede afirmar nada preciso. La actitud de Unamuno se sintetiza en el siguiente pasaje de *El sentimiento trágico de la vida*: "¿Puede mi conciencia saber que hay algo fuera de ella? Cuanto conozco o puedo conocer está en mi conciencia. No nos enredemos, pues, en el insoluble problema de la objetividad de las percepciones..." (30).

Don Quijote combate la realidad objetiva y le impone su molde subjetivo. Las ventas son castillos, las ovejas son ejércitos, los odres de vino, gigantes; Antonio Regalado dedica un capítulo de sus estudios sobre la dialéctica de Unamuno a la interpretación de su voluntarismo. En su opinión, y corroborando lo que se ha venido diciendo, Don Quijote es el arquetipo de la fe unamuniana, cuyo núcleo es un "querer crear". "Es el querer del yo que se enfrenta con un mundo circundante, al que necesariamente tiene que asimilar y 'yosificar', o destruir si se le resiste..." (31).

Unamuno no vacila en llegar hasta la aniquilación del mundo exterior. Esta actitud queda evidenciada en su comentario a la aventura del yelmo de Mambrino. Don Quijote afirma que la bacía robada al barbero es realmente yelmo y debe ser tenida por tal. Sancho, que ha comenzado a "quijotizarse", la llama "baciyelmo". El carácter compuesto de la palabra indica las múltiples perspectivas desde las cuales puede ser vista la realidad. Entre lo interno y lo externo, entre la conciencia y lo que está fuera de ella, Unamuno opta por lo primero, por lo que brota como creación del sujeto. Le pide a Sancho que se aparte de la solución intermedia del "baciyelmo", y que se decida por una de las dos dimensiones. Sabemos que en el fondo su posición es la de Don Quijote, y que prefiere que la bacía del barbero se convierta definitivamente en yelmo.

El núcleo del quijotismo

"Ansia de vida eterna es la que te dio vida inmortal, mi señor Don Quijote, el sueño de tu vida fue y es sueño de no morir..." (32). El deseo de gloria y renombre en Don Quijote, lo interpreta Unamuno como una manifestación de la "congoja", o "pasión de no morir nunca", que en una definición positiva podemos caracterizar como "hambre de ser". Este afán de persistencia va vinculado a un fuerte individualismo: el hombre tiende a persistir, pero afirmando siempre los límites de su yo, no resignándose nunca a perderlos.

Al final de *El sentimiento trágico de la vida*, esboza Unamuno la conexión que existe entre el sentimiento trágico del pueblo español, su propia tragedia personal y el alma de don Quijote. Se trata de la oposición entre la razón y la fe, la ciencia y la religión, la lógica y el sentimiento. Este combate dialéctico surge de un anhelo común: el hambre de inmortalidad. Según Unamuno, la raza española se caracteriza por su arraigado individualismo. El español está siempre afirmándose violentamente frente a los demás, lo que lleva al yoísmo y a la intolerancia. Unamuno afirma además que detrás del culto a la muerte, tan típico del pueblo español, se esconde una intensa hambre de sobrevivir, porque en su fondo el español es un amante y un gozador de la vida. El individualismo, la voluntariedad y el afán de persistencia son tres notas esenciales que destaca principalmente al caracterizar el alma de su pueblo.

Un yo volitivo, un yo individualista, un yo que quiere a toda costa persistir; éstos son los rasgos comunes que vinculan a Unamuno con el sentir de Don Quijote y el alma colectiva de España.

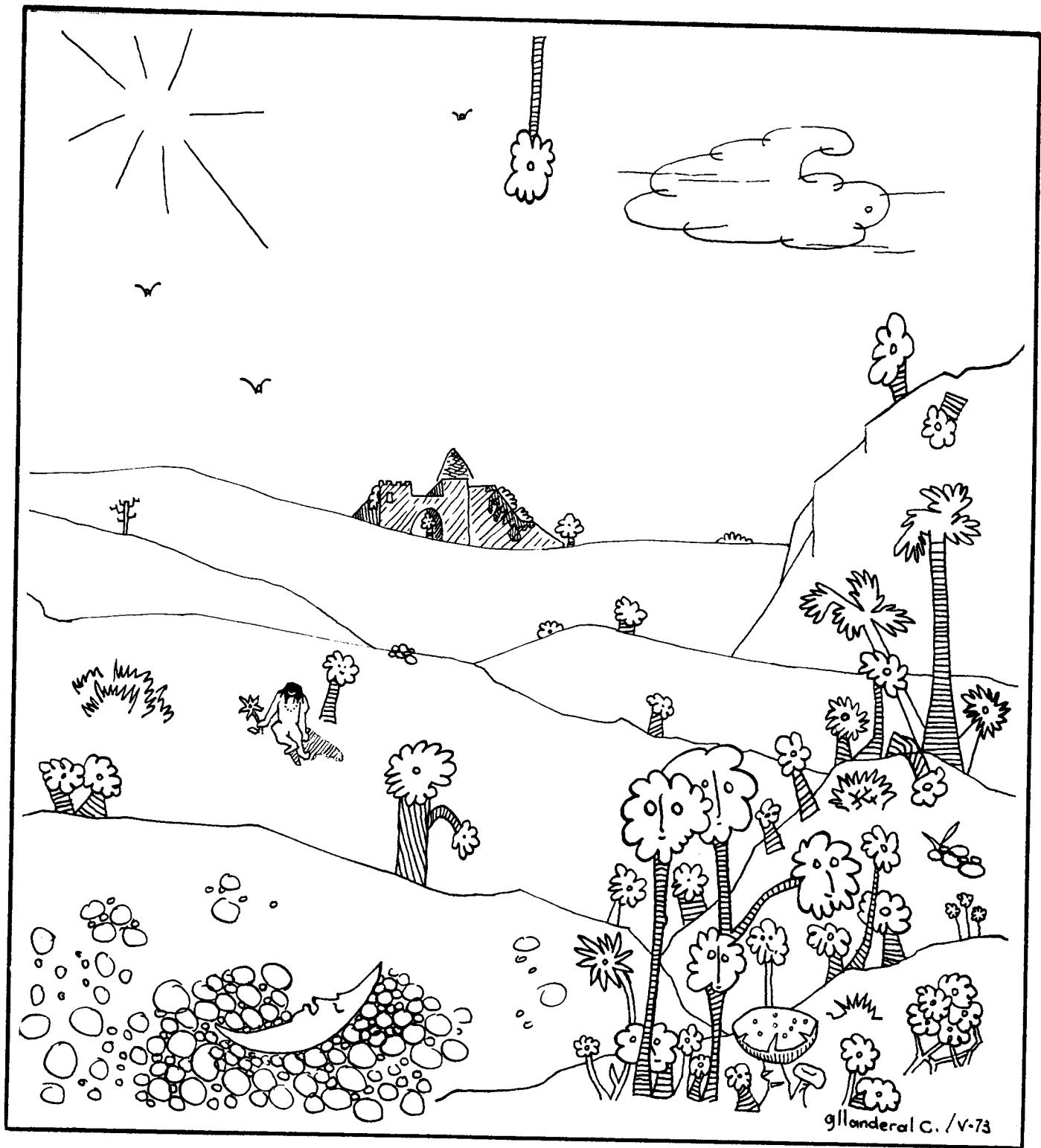
NOTAS

- (1) Salinas, *Ensayos de literatura hispánica*, p. 77.
- (2) Salinas, op. cit. p. 78.
- (3) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 130.
- (4) *Ibid.*, p. 293.
- (5) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 83.
- (6) *Ibid.*, p. 82.
- (7) *Ibid.*
- (8) Landsberg, *Reflexiones sobre Unamuno*, p. 39.
- (9) Cervantes, *Don Quijote*, Cap. II, p. 66.
- (10) Castro, Américo, *Hacia Cervantes*, p. 283.
- (11) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 238.
- (12) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 53.
- (13) *Ibid.*, p. 52.
- (14) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 52.
- (15) Cruz, Danilo. Seminario sobre Heidegger, 2º semestre, Año 1970, Uniandes.
- (16) *Ibid.*
- (17) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 210.
- (18) *Ibid.*, p. 130.
- (19) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 130.
- (20) *Ibid.*, p. 140.
- (21) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 98.
- (22) *Ibid.*, p. 140.
- (23) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 238.
- (24) Meyer, *La ontología de Unamuno*, p. 26.
- (25) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 186.
- (26) *Ibid.*, p. 187.
- (27) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 155.
- (28) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 155.
- (29) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 210.
- (30) Unamuno, *El sentimiento trágico de la vida*, p. 225.
- (31) Regalado, *La dialéctica agónica de Unamuno*, p. 120.
- (32) Unamuno, V. de D. Q. y S., p. 225.

Tomado de Razón y Fábula No. 28. Revista de la Universidad de los Andes.

CLEMENCIA FORERO DE SARETZKI. Colombiana. Este artículo forma parte de la tesis de grado *La imagen de la existencia en Miguel de Unamuno*, presentada a la facultad de filosofía y letras de la Universidad de los Andes en diciembre de 1971, para optar la licenciatura. Actualmente es profesora del curso *Presocráticos* en la misma universidad.

CUENTOS DEL PARQUE



gillanderal C. / V-73

1

Había una vez un parque. Con árboles, con cielo, con bancos, con flores. Había una vez alguien. Tal vez tú. Tal vez yo. Tal vez uno.

Era el tiempo en que los hombres y las cosas se encuentran. Y allí estaba, inmóvil, frente al parque fantasmal que hablaba de mil cosas sin decirlas. Porque las mejores cosas se dicen sin hablar. Y el parque era silencio. Y el silencio es todo. El parque era todo. Aún no había logrado saber porqué había tantos cielos distintos, si al fin era todo el mismo. Y sintió que había tantos cielos como ejes, como, hombres. Y eso le hizo bien. Le ayudó a comprender a los hombres. Al hombre. Y siguió sintiendo. Mirando, imaginando. Imaginó que estaba solo en la tierra, como siempre, pero esta vez de veras. Solo. Y le gustó. Porque con él estaban las sombras de las cosas, que eran las cosas repetidas de mil formas. Y se sintió entre una multitud estallante que le gritaba a coro canciones de amor. La flor roja dijo:

**“Soy roja, si,
porque vive.
Soy buena, si,
porque soy bella”.**

Y él soñó.

Entonces volvió a cantar el parque. Y su voz le pareció armónica, verdadera.

Y el árbol aoso le dijo:

**“Soy fuerte,
porque eres,
y soy invencible
porque amo al viento”.**

Y él siguió soñando. Y se soñó flor. Y se soñó árbol. Y dijo:

“Yo soy”.

Y los árboles le respondieron.

2

Pensó qué diferente sería si todo hubiera ocurrido hace un año. O diez. O cien siglos antes de encontrarse con ese hastío y esa desesperación que hielan los sentidos.

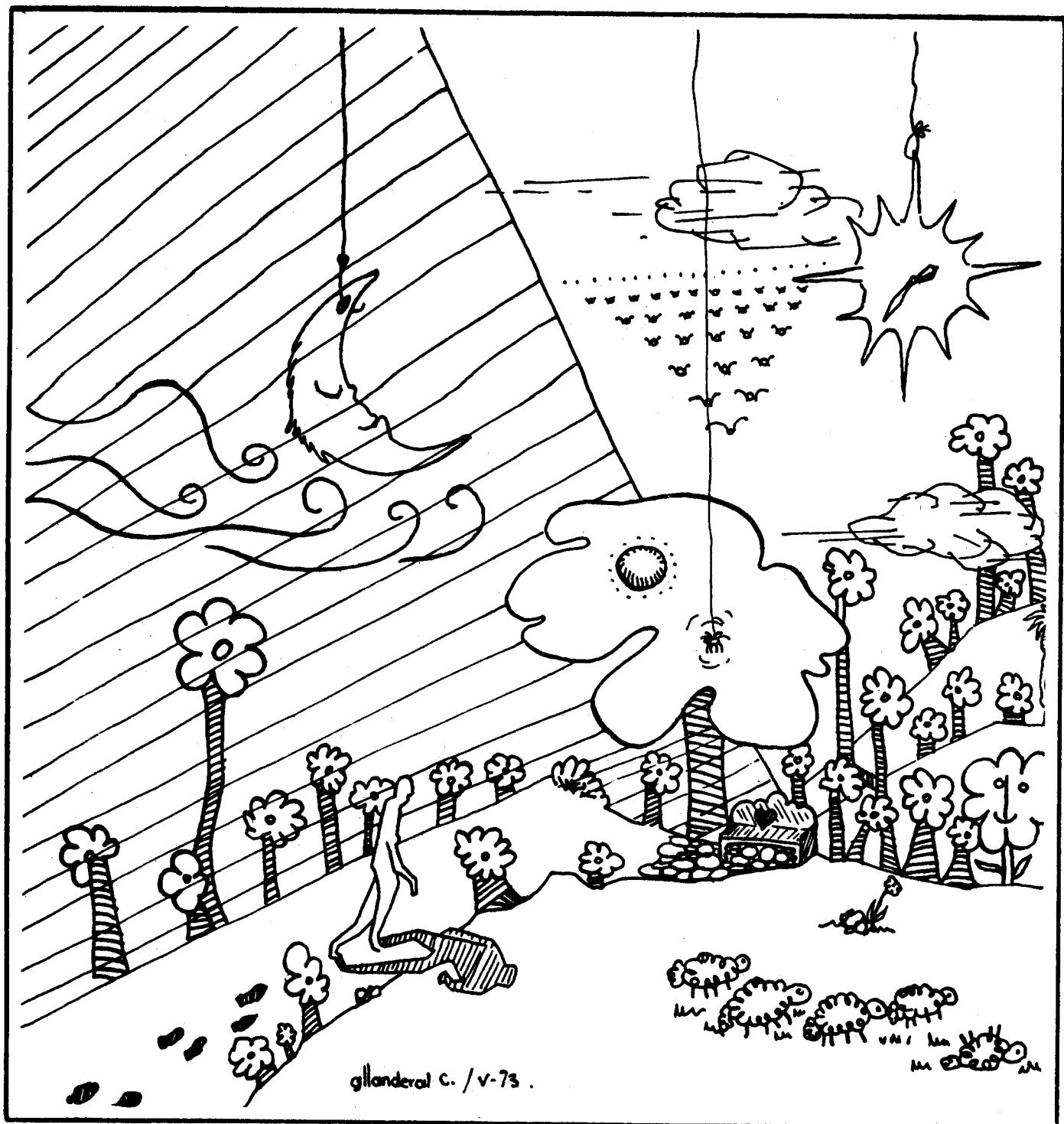
—X entreabrió sus labios... ¡qué dulces y deseables debían ser sus labios! y recorrió su cuerpo y depositó su amor en cada célula.

—Trató de imaginarse cómo sería el amor. Hizo un esfuerzo: sólo un poco, y retroceder en el tiempo, ser el que antes fue, el que buscaba, el que soñaba con esos labios que ahora le pertenecían... o que podrían pertenecerle si él fuera algo.

—X habló, muy quedo, y dijo aquellas mismas palabras que tantas veces él había repetido a su espejo, exactamente esas que lo mantenían despierto noches enteras, creyendo oírlas a cada instante.

—Sintió lo frío que es el silencio que cabe dentro de la boca y de las manos, cuando hay alguien que dice muchas cosas que quisiéramos aprisionar en el aire para que no dejen de repetirse nunca. Y sin embargo... sin embargo tembló cuando supo que esas paredes que los rodeaban, ese techo, todo lo que allí había, recibía más amor que él que estaba allí, pero que hacía tiempo que se había ido.

—X Se incorporó. Lo miró con esos ojos deliciosos, chispeantes. Hubiera querido extender los brazos y apretar el amor. ¡Para qué! Ya no era lo mismo. Sus brazos eran aquellos que habían encerrado su secular soledad durante tanto tiempo, y ya no le quedaba lugar para otra cosa. Y supo que se llamaba cien veces espera y que ya no podía cambiar de nombre.



glanderol C. / v-73 .

La hilera de sombras que me acompañaba a cada lado del sendero, marchando incansable y simétrica, se iba estrechando poco a poco, y frente a mí sólo había una masa oscura, que era otra sombra, sin forma, a la que mis ojos se habían prendido en un desesperado intento de buscarle nombre. Los ruidos de la calle llegaban apagados y uniformes, pareciéndose al silencio después de filtrarse en el paisaje. El reloj de la iglesia dio las once, y desde el último sonido, la noche reasumió su soledad. Mis pasos eran casi mecánicos, dictados por siglos de espera, de vigilia, de sueños. Aquellos sueños increíbles, alucinantes, que tomaban formas y colores, que se estiraban y llenaban todo el espacio, que se transformaban en pesadillas y ocupaban mis minutos, apilándose uno sobre otro, y convirtiéndose por momentos en carga insopportable. Esos sueños que se repetían día y noche, que estaban llenos de sol, y de amor, y de triunfos; esos sueños que debían de parecerse tanto a los sueños de todos alguna vez, a los deseos de todos alguna vez, a esa quimera del mundo armónico, de hombres con destino. Y la espera, la espera que viene después de los sueños, el monótono pasar de los años iguales, del mundo igual, de la vida simétrica de todos los días, con sus rostros idénticos, sus palabras a coro y la oculta conciencia de que no estamos haciendo absolutamente nada, porque otros no nos dejan o porque preferimos pensar que otros no nos dejan. Y luego la vigilia, porque ya no hay sueños, ni siquiera pesadillas, y todo se ha transformado en una gran mancha blanca, que se estira como ameba e incorpora a su esfera todo atisbo de vida, y ya el mundo, los sueños, la gente y la espera son la gran mancha blanca, que ocupa todo el espacio.

Doce campanadas cayeron sobre el parque. Las sombras comenzaron a abrirse delante de mis pasos. El sendero era más ancho. Ya se acercaba el final. Pronto desembocaría en el otro lado del parque, y acabarían las sombras, la espera. Sería todo, por fin, diferente: allí podría encontrar todos mis olvidados sueños. Todo era ya cuestión de unos pocos pasos. Esos pocos pasos que me llevaron al final del sendero. Al final del parque. De las sombras. De la espera. Al comienzo del silencio.

Aún ahora, cuandouento cada segundo,uento cada partícula de tiempo y es audible, palpable; el parejo ritmo de las aguas, su música monótona, estén para negarlo. La quietud de la tarde, extendiendo su sombra, borrando el día fatigoso, es la mano del sueño cerrando los ojos del exhausto caminante. Pero hay caminantes que andan en la noche, cuando pueden contar las estrellas sin ser interrumpidos. Cuando los árboles y los rascacielos tienen el mismo nombre de sombra, cuando todos los guijarros reflejan una estrella o una gota de lluvia, o los sueños pueden ser echados a volar sin miedo de encontrar una mirada indiferente, y las cosas que son importantes son importantes, y las que no lo son dejan de parecerlo. Aspirar el aire y sentir mi cuerpo lleno de hojas verdes. Poder conversar con las cosas que no hablan, poder escuchar la silenciosa música del parque. Y todo olvidando el ayer infinito, el mañana de interminables lágrimas; el hoy estéril, la noche de ayer sin esperanzas, la noche de hoy que no se acaba. Y más allá del banco, del parque y del río, hay otras vidas, otras existencias grises, otros sueños rotos, otros sueños inexistentes y, lo que es más triste, otros soñadores sin sueños. La luna inmensa se recuesta en el pedregoso sendero. El silencio aprisiona mis pasos en un hueco de la noche. Fuera del parque, el mundo es siempre el mismo.

La Red

Si. Yo tengo desde siempre un río alucinante,
claro y oscuro son de apresuradas y nítidas palabras,
un dolor hecho flor abierta desde adentro,
un barro tibio en islas y una arena
marcada con mis pasos.

Si. Un río que me azota con su lento tropiezo,
su no irse jamás y no quedarse
tosca arcilla en mis dedos.

Un río adiós continuo,
un río hecho regreso frente a la costa brava,
donde el pasto sediento aprisiona los pájaros
y la muerte convida dulcemente y espera.

¡Ah!, desbordado río con mi rostro en tu rostro
temblando en las orillas.
¡Ah!, río hecho de sol en mi tormenta,
de niebla casi azul en mi alegría.

¿Quién cortará los lazos, la red del laberinto,
la absurda comunión que nos devuelve
al centro de nostalgia,
como dos primorosos artífices en duelo,
dos fieles enemigos labrando sus cadenas!

Los Dones

Alguien dejó en mi tierra
un pequeño gran sol, un verberante
paisaje de amapolas.

Un tatuado mensaje de regreso imposible.
Un minúsculo trigo en el hambre nocturna.

Un terrible silencio donde estallan los cantos.
Una playa de olvido. Un río desvelado.

La máquina del tiempo fabricando mis muertes.
Estas tontas palabras con que quiero ser fuerte.

Alguien tomó en la noche un jet
de claros fuegos, de chirriantes vapores.
Un jet de limpia carga más allá del invierno.

Me dejó su riqueza, su pequeño gran sol
para mí sola.
Y una madeja de aire con que cubrir las horas.

Sofia Acosta

La Ronda

Entonces tuve el sueño de todos los co'ores.
Mi fiesta en las extrañas riquezas de las horas.

El azul entre ramas del árbol solitario.
El verde sobre el césped vecino de la fuente.
(Como simples licores que emborrachan los ojos.)

Un amarillo hastiado colgaba en las paredes
sin término del dia.

Penetré las moradas ojeras de la muerte
a través de la limpida mirada de gacelas.

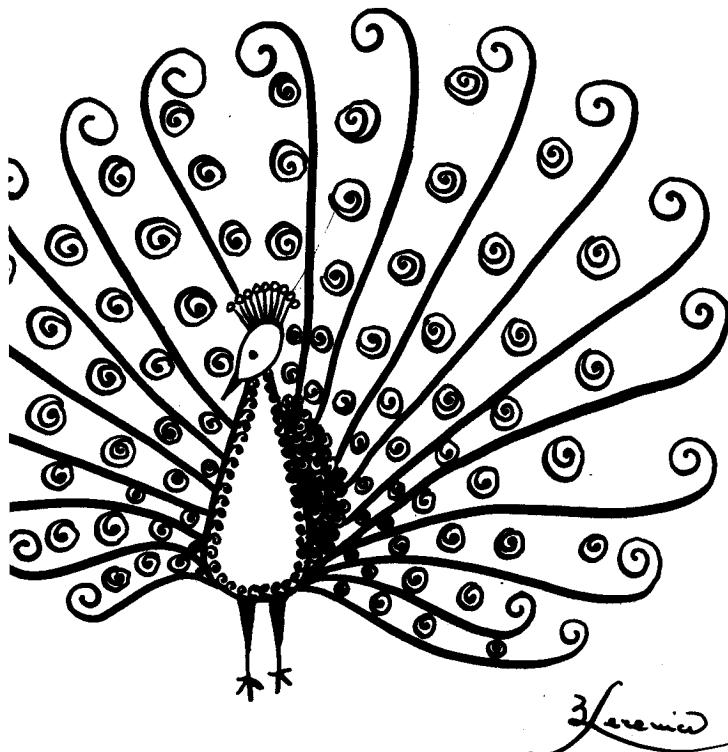
La celeste tersura de las alas de un pájaro
recogi en la dulzura que se anida en el aire.

El gris por un camino apretado de lobos.
(Un temblor acerado de colmillos y de odios.)

El blanco en los relatos de la abuela perdida
que un timón imposible recupera de golpe.

El negro en la funesta ternura que me diste.
En tu abrazo cerrado. En tu credo de olvidos.

Tras mis venas el rojo centelleaba un mensaje
como río que muere desbordado y oculto.



CANTO A LA LIBERTAD EN AMÉRICA

Blanca R. González Barlett

Libre como tus selvas y tus ríos
es el rumor de viento en las laderas,
el viento que se expande en los confines
y que cual potro de revueltas crines
piafando por la pampa solitaria—
—en terrible y frenético denuedo—
hace temblar la tierra legendaria
al golpe de sus cascos, en el suelo!

¡El espíritu indómito de América
es como el viento en el confín lejano...!

Surge en la altura como débil brisa
—simple anaquel horizontal, ufano—
y desciende a las cálidas llanuras
entre escarpado risco.

Allí ca'dea su aliento propulsor, que apura el ritmo
de sus alas gigantes y a la idea
surge la forma como acción constante
que perfila su numen.

A veces ondulante en la llanura,
no es más que cual arroyo que serpea,
pero arisco en su génesis se arquea
y salta como un potro furibundo
si en el empaque de su ser profundo
sus ijares sangrantes le espolean!

No hay más que arremeter sobre su libre
enardecida y luminosa idea
para verle incendiar como una tea
las pasiones secretas, donde acalla
el ritmo propulsor con que avasalla
la lumbre fulgurante de su idea!

¡Espíritu de América indomable
como la raza autóctona en su gleba!

Está leudando en su interior la chispa
que ha de dar forma a la ilusión que crea,
y en reguero de pólvora se riza
la turbante pletórica divisa
que apuntala, hecha fibra, su linaje,
si es que a la grupa de su honor se enreda
alguna propensión de vasallaje,
que ha de dar lumbre a su fulgente idea
y antorcha de civismo a su coraje!

¡Libertad canta el anchuroso río
en la tierra gentil que es de la América!

¡Libertad en la aurora y en la puesta
del fulgido esplendor del claro día,
en que la Paz al mundo amanecía
tras de una rebelión asaz funesta.

¡Libertad canta el aire, la floresta
y el ritmo propulsor de la garganta
del torrente, que canta, en la esperanza
de llegar hasta el mar, su espuma crespa!

Libertad canta el sol tras de la cresta
de la montaña múltiple que ensaña
rísida soledad, mientras se baña
en rayos de oro la rugosa grieta!

Libertad canta el mar en lejanías
en las plácidas ondas que retratan
la titilante estela de los astros,
y canta Libertad, la lozania
de los frutos del más sagrado suelo,
como cantan las aves en su vuelo
la libertad del cielo y la alegría!

Todo canta en América ufánia
despejado su suelo de rencores;
es la tierra de amor de los amores
en que los frutos de dorada rama,
en mieles del amor se desparraman
cual mariposas en azules fiestas!

¡Tierra llena de gloria! Tus poetas
ven a la altura de sus sacrosmanes
esplendente el laurel de la victoria
por tus gestas heroicas! Tus afanes
se han visto coronar en claro día,

hoy que la santa paz el mundo reza
tras un pasado alud de sinsabores,
que pudo ser cruz de los dolores
para la humanidad, que fenicia!

Todo canta en América, poesía,
es retoño viril que en si caldea,
fiebre de juventud ardiente y diestra,
crisol de razas, en hirviente gleba.

Libertad, su ambición siempre soñada,
florece como ardiente Primavera
cantando un himno a la visión lograda,
que ve surgir en su virtud sagrada
la libre profusión de sus ideas!

Promisión de esta tierra que moldea
las más diversas razas de la tierra
y purifica en sus sagradas cuencas
la lumbre y el fulgor de sus ideas.

Su destello deslumbra al mismo cielo
y en plácida misión tu seno ampara
las fecundantes razas de la tierra;
la flora de tu suelo, no envejece
y tu fauna amamanta en los caudales
de tus ubres repletas que se arquean
al peso de tus pámpanos feudales.

¡Tierra de América! ¡Visión soñada
de los que sufren en oscuro suelo!
¡Tierra de redención y de consuelo!
¡Ilusión de la Atlántida lograda!

Eres la misma esencia de los pueblos,
Paraíso encantado, donde encarna
la Libertad, su poderoso anhelo
¡porque eres un pedazo de los cielos
por todos los océanos bañada!



SAN MIGUEL DE ALLENDE

SU HISTORIA. SUS MONUMENTOS.



Obra magistral realizada por el doctor

FRANCISCO DE LA MAZA

con un apéndice prehispánico de

MIGUEL J. MALO ZOZAYA

Elegante portada plastificada en negro,
blanco, rojo y oro.

Encuadernación de óptima calidad.

Formato: 21 x 28.5 centímetros.

With an english translation.

Documentos. Testimonios. Mapas.

220 páginas profusamente ilustradas.

142 fotografías a todo color y en
blanco y negro, de gran valor artístico.

Impresión delicada en finos papeles.

San Miguel de Allende
joya de Cultura Hispanoamericana.

DE VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

También puede dirigirse a:

Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
Lago Ginebra No. 57, México 17, D. F.
Tel. 541-15-46

CARTAS DE LA COMUNIDAD

De Buenos Aires

Vuestra magnífica revista —NORTE— llega desde hace algún tiempo a nuestra casa de estudios, periódicamente. Esta gentileza obliga al agradecimiento, que procuro cumplimentar por medio de estas líneas.

Desde luego que si se tratara sólo de una formalidad, mi cometido estaría cumplido con el primer párrafo. Pero el propósito que me guía no es solamente el expresado, ya que tampoco la gentileza de los editores de la publicación constituye un hecho común.

Sabemos, por experiencia, lo que cuesta no sólo en dinero, sino, también, en tiempo, esfuerzo, capacidad y entusiasmo la publicación de una revista, mucho más, cuando como la vuestra, que cada entrega significa un alarde de cultura y buen gusto. Magnífico el material y magnífica la presentación de todas las ediciones, razones que hacen que nuestro alumnado la prefiera hasta el punto que muchas veces desaparece de la mesa de lectura por una razón sencilla, la de no haberse podido evitar el gesto comprensible de quedarse, de considerar propio lo que mucho encanta.

El Consejo Directivo de la Universidad Popular de la Boca, —entidad que desde hace cincuenta y cinco años está empeñada en una siembra educacional desde Buenos Aires, para toda la República Argentina,— ha resuelto, en su última sesión, hacerle

llegar a usted, y por su intermedio a todos sus colaboradores en la asesoría, en la coordinación, en el diseño gráfico y en la selección poética, las más sinceras felicitaciones por tan valiosa realización, sentimientos estos que me es muy grato transmitir en ocasión que hago propicia para reiterarme de usted atento y S.S.

Alfredo Belluscio
Presidente
Universidad Popular de la Boca

De Tacna, Perú

Habiendo tenido un ejemplar de la magnífica revista Norte que usted dignamente dirige, he quedado gratamente sorprendido al encontrar en ella una gama exquisita y variada de tan buena lectura, la magnificencia de cada uno de los escritores que colabora, así como los temas tratados y la belleza pictórica de cada uno de los impresos, hacen realzar más aún el fin tan noble que persigue la difusión de esta revista.

Soy un médico peruano, el cual al igual que muchos de sus colegas, debido a las innumerables labores diarias cuenta con pocas horas, escasísimas diría yo, para poder darle un descanso merecido al intelecto, y qué mejor que emplear este corto espacio de tiempo en leer tan afamada revista.

Dr. Juan Luis Chacón Reaño



Patrocinadores:

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

EL PINO, S. A.

FABRICA DE JABON LA CORONA, S. A.

FABRICA DE JABON LA LUZ, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

LIBRERIA UNIVERSITARIA INSURGENTES

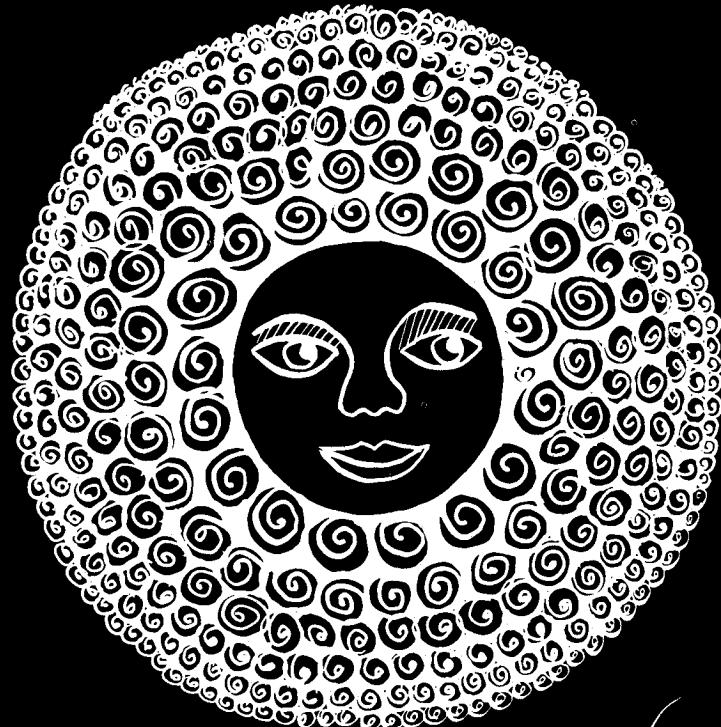
MADERERIA LAS SELVAS, S. A.

M. ALONSO Y CIA. (MADERERIA CARDENAS)

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA



Jeremias

**Los negocios
no son una finalidad
en sí mismos.
Son el esfuerzo
para obtener
las bases
materiales
sobre
las cuales
los pueblos
pueden construir
una vida amplia
de ilimitados
horizontes espirituales.**

